

TIEMPO ORDINARIO



«Nos falta mencionar la posibilidad de una frecuente conmemoración litúrgica Mariana con el recurso a la memoria de santa María "in sabbato": memoria antigua y discreta, que la flexibilidad del actual Calendario y la multiplicidad de los formularios del Misal hacen extraordinariamente fácil y variada» (Marialis cultus, 9).

Durante el tiempo ordinario, los sábados, a no ser que coincida una memoria obligatoria, se debe celebrar el Oficio de santa María en sábado: se puede tornar el oficio de la Liturgia de las Horas del Rito Romano, o bien, uno de los oficios de la Liturgia de las Horas OSM: Santa María de los Siervos I; María y la Iglesia II; Santa María, Mujer nueva III; Santa María, Reina de misericordia IV; Santa María de las Américas V.

I

[SANTA MARÍA DE LOS SIERVOS]

Invitorio

Ant. Vengan adoremos a Cristo Jesús,
que nos ha dado a María como Madre y Señora.

El salmo invitorio como en el Ordinario

Oficio de lectura

HIMNO

Oh Madre de Dios altísimo,
recibe nuestros elogios,
y el Señor, por tus preces,
de gracia el alma nos llene.

Con jubilo te alabamos,
pues nos llamo con afecto
Dios, para que en su Iglesia
leal servicio prestemos.

Haznos, Madre, en la oración
asiduos siempre y atentos,
y afables con quienes veja
la injusticia, hermanos nuestros.

Haz que ante el mundo,
eficaz testimonio presentemos,
siempre fieles a los votos
y en la caridad sinceros.

Haz de nosotros, Señora,
tus fidelísimos Siervos;
que sirvamos al Altísimo
al Pobre en los pobres viendo.

A ti la gloria, oh Jesús,
al Padre y al Paráclito,
y que la gracia divina
por María al fin logremos. Amén.

Las antífonas, los salmos, el versículo y la primera lectura con su responsorio se toman del sábado correspondiente.

SEGUNDA LECTURA

De la Alocución del papa Pablo VI a la Orden de los frailes Siervos de santa María

(Alocución pronunciada en Roma el 12 de octubre de 1974:

AAS 66 [1974] (pp. 572-574)

Habéis tomado de ella vuestro nombre llamándoos humildemente Siervos de la Virgen

Tened particularmente presentes los eximios y valiosísimos ejemplos de la Virgen María, ya que vuestra Orden está dedicada a ella de una manera muy especial. Nos vienen espontáneamente a la memoria las palabras que nuestro predecesor, el beato Benedicto XI, usó al aprobar las reglas y constituciones de vuestra Orden: «Por la devoción que tenéis hacia la beatísima Virgen María, habéis tomado de ella vuestro nombre, llamándoos humildemente Siervos de la Virgen».

El estado de consagración, según la doctrina tradicional y constante, exige de los religiosos una inmolación, un sacrificio y como un holocausto de su vida, que ha de conformarse a la imagen de Cristo que se ofreció a Dios Padre como víctima por todos los hombres.

La consagración peculiar al estado religioso requiere además una sincera y ponderada renuncia a todas las comodidades e insidias del mundo, para que cada uno siga más de cerca a Cristo virgen, pobre y obediente (cf. PC 1); para establecer así una comunidad Espiritual en la que todos se consideren hermanos «dedicados y entregados al Señor». De este modo, las comunidades formarán una única familia, reunida en el nombre del Señor y estrechamente vinculada por la comunión de vida y apostolado.

La consagración interior será tanto más fácil, más firme y más segura, cuanto más profundamente meditemos los divinos ejemplos que el Padre celestial propone a nuestra reflexión e imitación.

En primer lugar Cristo, ejemplo supremo de humildad, amor, pobreza y perfección, virtudes, de las que hablan abundantemente los Evangelios, las explican los escritos del Nuevo Testamento y diariamente las exalta la Iglesia.

Luego María, la Madre de Dios, de quien os gloriáis de ser siervos para siempre, convencidos de que servir a la inmaculada Madre de Cristo, y por ella a Dios, es reinar.

Vuestra familia nació bajo la protección de la Virgen en unos tiempos difíciles para la Iglesia y para la sociedad, en los que los odios, las rencillas y las discordias desgarraban a los pueblos; tiempos en los que parecía no haber otro remedio para reconciliar a las opuestas facciones, sino la propagación de la devoción a la gloriosa y pura Madre de Cristo. Por otra parte el auge de vuestra Orden ha de atribuirse al favor de la bienaventurada Virgen María; es decir, a su protección y a vuestra piedad, amor y especial devoción hacia ella, sobre todo en el misterio del dolor. Creemos que, como el afecto a la Madre de Cristo formó a vuestros Fundadores en la santidad, de la misma manera, configuro el ánimo de muchos frailes, eximios varones, que alcanzaron esclarecida fama y consiguieron de ella, como de una fuente, abundantes gracias.

Recordemos entre las virtudes de la Virgen su celo por meditar la palabra de Dios (cf. *Lc* 2, 19; 2, 51), su viva y afectuosa caridad con el prójimo (cf. *Lc* 1, 39 ss.; *Jn* 2, 1 ss.), su firme adhesión a la voluntad de Dios, cuándo se sentía llamada al honor de la maternidad divina (cf. *Lc* 1, 26 ss.), cuándo se le exigió el cumplimiento de la ley antigua (cf. *Lc* 2, 22), cuándo ella misma, despojada de toda esperanza y alegría humana, dio su adhesión a los planes de la redención (cf. *Lc* 2, 33).

La obediencia, por la que el religioso renuncia voluntariamente a sí mismo, le une íntimamente a la Virgen Madre, la cual acepto y ejecuto siempre con diligente voluntad los mandatos divinos. Ella, que respondió en Nazaret «hágase en mí según tu palabra» (*Lc* 1, 38), dijo en Cana de Galilea: «haced todo lo que os diga» (*Jn* 2, 5).

Pero la principal y más laudable gloria de la Virgen brilló, como la estrella matutina, a los pies de la cruz; allí, junto con el Hijo, la Madre padece, se ofrece y muere con él en su Espíritu. Éste es el camino que debemos seguir todos, pero de manera singular los religiosos.

RESPONSORIO

cf. *Lc* 1, 38; *Mt* 6, 10

R/. María respondió al ángel Gabriel: «He aquí la sierva del Señor: * Hágase en mí según tu palabra».

V/. Jesús enseñó a sus discípulos: cuándo oren, digan:
«Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo».

R/. «Hágase en mí según tu palabra».

O bien:

Del «Tratado sobre la virginidad de santa María», de san Ildefonso, obispo.

(Capítulos 1.12 passim: BAC 320, pp. 49-51. 147 -150)

Tú eres mi Señora porque eres la esclava de mi Señor

Señora mía, mi soberana, que reinas sobre mí, madre de mi Señor, esclava de tu Hijo, engendrada del Hacedor del mundo, te ruego, te pido, te suplico: haz que reciba el Espíritu de tu Señor, que reciba el Espíritu de tu Hijo, que reciba el Espíritu de mi Redentor, para que piense digna y rectamente en ti, para que hable digna y rectamente de ti, para que ame todo lo que hay en ti de digno y recto.

Bendita tu entre las mujeres, integra entre las madres,
Señora entre las esclavas, reina entre las hermanas.

Desde ahora te felicitan todas las generaciones, te reconocen dichosa las jerarquías angélicas, te proclaman dichosa todos los profetas, te aclaman dichosa todas las naciones.

Haz que te ensalce como has de ser ensalzada, que te ame como has de ser amada, que te alabe como has de ser alabada, que te sirva como merece ser servida tu gloria.

Vengo a ti, única madre y virgen de Dios;

me postro ante ti, único instrumento de la encarnación de mi Dios;
me inclino ante ti, única madre de mi Señor;
te suplico, única esclava de tu Hijo, que me alcances el perdón de mis pecados, que me reveles la inmensa dulzura de tu Hijo, que me concedas hablar y defender la fe integra de tu Hijo, que me otorgues, además, vivir unido a Dios y a ti, servir a tu Hijo y a ti, vivir sometido a tu Señor y a ti.
A él, como a mi Hacedor, a ti, como a la madre de nuestro Hacedor;
a él, como al Señor de los ejércitos, a ti, como a la esclava del Señor de todos;
a él, como a Dios, a ti, como a la madre de Dios;
a él, como a mi Redentor, a ti, como al instrumento de mi redención.
Yo soy tu siervo porque mi Señor es tu hijo;
tú eres mi Señora porque eres la esclava de mi Señor;
yo soy siervo de la esclava de mi Señor porque tú, mi Señora, fuiste hecha madre de tu Señor;
yo he sido hecho siervo porque tu has sido hecha madre de mi Hacedor.
Te pido, si, te pido, Virgen santa, que yo posea a Jesús, por obra de aquel mismo Espíritu por el cual tu engendraste a Jesús.
Mi alma reciba a Jesús por aquel mismo Espíritu por el que tu cuerpo concibió a Jesús.
Conozca yo a Jesús por aquel mismo Espíritu por el que tu conociste, llevaste y diste a luz a Jesús.
Diga yo cosas excelsas y sencillas de Jesús en aquel mismo Espíritu en el que te reconociste esclava del Señor y dispuesta a que se cumplieran en ti las palabras del ángel.
Ame yo a Jesús en aquel mismo Espíritu en el que tu ahora lo adoras como Señor, lo contemplas como Hijo.
¡Oh título nobilísimo de mi libertad!
¡Oh causa ilustre de mi nobleza!
Esto te pido, Jesús, Dios e Hijo del hombre:
que de tal manera sirva a tu Madre, que tu lo aceptes como un servicio hecho a ti;
que de tal manera ella reine sobre mi, que yo pueda tener la certeza de que te agrado a ti;
que de tal manera viva yo siempre bajo su dominio, que seas tu mi Señor por toda la eternidad.

RESPONSORIO

R/. Yo, indigno siervo tuyo, te alabo, te glorifico, te bendigo, Señora mía llena de clemencia, y me encomiendo a tu protección: * Alégrate, oh Virgen, santa Madre de Dios.

V/. Dios te salve, Señora, que iluminas al mundo entero, que ensalzas a tus siervos, que intercedes por los pecadores.

R/. Alégrate, oh Virgen, santa Madre de Dios.

O bien:

De la «Leyenda» sobre el origen de la Orden de los Siervos de santa María Virgen

(Nn. 7 -8 passim: Monumenta OSM, I, pp. 64-66)

Se dedican de manera especial al servicio de nuestra Señora

La bienaventurada Virgen María, Madre de Nuestro Señor Jesucristo, es el refugio de todos los pecadores que a Ella recurren para obtener misericordia. Es llamada Madre universal de todos los justos, porque ella les consigue la gracia, y por este favor la aman de todo corazón. Es reconocida como la Señora común de todos los que sirven a Cristo en cualquier Orden religiosa y confían en Ella para conseguir la gloria Sabemos con firme certeza que Ella obtiene todo esto de su Hijo. Pero es Refugio especial, Madre particular y única Señora de todos aquellos -pecadores, justos y siervos siempre fieles – que se encuentran en la Orden dedicada especialmente a Ella, y que por tanto, justamente lleva su nombre.

Es cierto que en casos de necesidad todos los frailes de las demás Órdenes - pecadores, justos y siervos de Cristo- invocan a nuestra Señora como refugio general, Madre universal y Señora de todos Y hacen bien, porque Ella responde a todos los que la invocan, y obtiene de Dios misericordia para los pecadores, gracia para los justos y gloria para los siervos de su Hijo.

Pero, haciendo un examen de todas las Ordenes aparece con facilidad que los otros frailes tienen como fundador de su instituto a algún Santo particular; a él se dirigen como a su especial refugio, padre particular y señor propio, cada vez que por medio de él quieren pedir a Dios algún favor, tanto para sí mismos como para su Orden. En cambio, los frailes de la Orden especialmente consagrada a nuestra Señora – y con razón, pues, distinguida por Ella con su nombre -, se han dedicado especialmente al servicio de Ella y fuera de nuestra Señora no han tenido a ningún Santo propio como fundador de su Orden, al cual puedan y tengan que recurrir cuando quieren pedir alguna gracia especial para sí o para la Orden, dirigiéndose a él como a su especial refugio, padre particular y señor propio. Todos invocan a nuestra Señora en tiempo de necesidad; es decir, los pecadores como a Refugio universal, los justos como a Madre común y los que le sirven constantemente y con fidelidad como a la Señora de cada uno en particular – .Y Ella presta atención a todos y cada uno obteniendo de Dios misericordia, gracia y gloria. De la misma manera los frailes, cada vez que quieren obtener algún favor para sí mismos o para la Orden, se dirigen a Ella como a un refugio especial, como a una Madre singular y como a su propia Señora.

Es cierto que tienen al beato Felipe y a muchísimos otros gloriosos padres, quienes los precedieron en la Orden y fueron ilustres por sus virtudes, méritos y milagros. A estos podrían dirigirse para impetrar alguna gracia para sí o para la Orden; pero, ninguno de ellos ha dado origen a la Orden de nuestra Señora, ni entre ellos sobresale algún Santo de dicha Orden que sea común para todos los frailes que se han sucedido y se sucederán desde el principio hasta el fin de los tiempos. Muchos frailes en verdad precedieron en la Orden a cada uno de dichos nuestros Padres, que cumplen por sus méritos evidentes milagros: de ellos unos eran pecadores, otros justos, y otros, con el fin de conseguir la perfección, siervos fieles de nuestra Señora, y por tanto, necesitados ellos mismos de misericordia, de gracia y de gloria. Resulta entonces que a ninguno de estos hubieran podido dirigirse los citados frailes precedentes.

De todo esto resulta claro que los frailes de la Orden de nuestra Señora nunca tuvieron algún Santo propio y especial, fuera de la misma nuestra Señora. En efecto, no consideraron a ninguno como fundador de su Orden, ni como santo común para todos los frailes.

Por lo dicho antes resulta evidente, pues, que nuestra Señora no quiso designar a algún Santo particular como fundador de su Orden, para que pudiera entenderse que es Ella quien -como Refugio general, Madre universal y común Señora- obtiene de su Hijo para todos los frailes de su Orden, misericordia, gracia y gloria. Y ellos por consiguiente tienen que dirigirse a Ella como a su Refugio especial, Madre singular y Señora, cada vez que quieran obtener para sí o para la Orden cualquier gracia. Así se ve claramente qué grande es la gloria de los frailes que pertenecen a la Orden de nuestra Señora: no sólo la reconocen como Abogada general de la Orden, sino que también experimentan el especial cuidado que tiene de ellos y de la Orden entera

Por eso, los frailes de su Orden, más que los frailes de otras Ordenes, están obligados a conservarse santos ante su mirada y a superar a los demás en obras de perfección. Ellos se han dedicado al servicio de una excelsa Señora , que se ha dignado cuidarlos con especial atención; por lo cual, conservar la pureza del corazón debe ser su principal preocupación. Siéntanse, pues, confundidos y sonrójense aquellos frailes que, perteneciendo a tan grande Orden de nuestra Señora, no se avergüenzan, sino se obstinan en manchar su propia alma e impiden que otros vivan sin culpa. Arrepentidos, conviértanse pronto a Ella, para que no suceda que, indignada justamente contra ellos, los quite inmediatamente de en medio, y. por sus faltas, los entregue a la pena del fuego eterno

En cambio, regocíjense y gocen los frailes que, viviendo en dicha Orden, conservan inmaculado su espíritu y se esfuerzan por conseguir que también los demás vivan sin culpa. Perseveren jubilosos en la labor iniciada; pues, como los que viviendo en la Orden permanecen en

su malicia serán doblemente castigados, así los buenos que hayan cultivado la pureza de corazón, recibirán un premio mayor.

RESPONSORIO

R/. Unidos por vínculos de caridad y de religión, hemos sido llamados a la vida en común * Para servir a Dios y a los hermanos bajo el patrocinio de nuestra Señora.

V/. Recurrimos a la santísima Virgen como a nuestro especial refugio, madre singular y propia Señora.

R/. Para servir a Dios y a los hermanos bajo el patrocinio de nuestra Señora.

O bien:

De los Sermones de san Antonio María Pucci, presbítero

(Homilía en el domingo II después de Epifanía: *Parole di un Padre e Pastore, en Studia Historica Minora IV, Roma 1962, pp. 64-66*)

María nos recibió como a hijos, y como a tales nos ama y nos protege

María, no solo es poderosísima para obtenernos de Dios toda clase de bienes, sino que además, por ser nuestra madre santísima, desea alcanzarnos con su intercesión. María es nuestra madre: madre clementísima, madre llena de misericordia; nosotros somos sus hijos, que mucho le hemos costado, ya que nos dio a luz con mucha angustia y crueles sufrimientos en la cima ensangrentada del Calvario. En el Gólgota Cristo, a punto de morir, nos recomendó y entregó como hijos a María, su madre, en la persona de Juan, el discípulo amado; y ella nos recibió como a hijos, y como a tales nos ama, nos mira, nos protege; aparta de nosotros todos los males; mitiga nuestras penas, infunde el consuelo celestial en los corazones atormentados.

¿Estamos enfermos? Acudamos a María, que es la «Salud de los enfermos», y pronto nos restableceremos. ¿Estamos angustiados por la tristeza o las preocupaciones? Acudamos a María, que es «Consuelo de los afligidos», y seremos consolados. ¿Hemos pecado o nos hallamos en peligro de pecar? Acudamos a María, que es llamada «Refugio de los pecadores» y ella nos librará del pecado o nos apartará del peligro. ¿Necesitamos gracia o ayuda? Acudamos a María, que es llamada «Auxilio de los cristianos», y ella proveerá a nuestras necesidades.

¿Por ventura tememos que nos rechace? Rechacemos todo temor, hermanos; en María no hay aspereza alguna: en ella todo es gracia, amar, suavidad, misericordia. Decidme: si en las bodas de Cana, compadecida de los esposos, sin que nadie se lo pidiera, impulsó a su Hijo a que convirtiera el agua en vino, ¿cuanto más no intercederá por nosotros, si se lo pedimos humildemente? Si María pudo e hizo tanto cuándo estaba aquí en la tierra, ¿cuanto mayor, amadísimos, no será su poder y su intervención ahora que triunfa en el cielo, y está sentada a la derecha del Hijo, constituida madre de los hombres, reina de los ángeles, Señora del universo?

¿Cuanto mayor, - repito -, no será su poder y su intervención, ella que es amada en el cielo, deseada por la tierra, terrible para el infierno? ¿Qué más podemos añadir? Asunta al cielo, María es Madre de Dios y Madre nuestra; nos ama con amar de madre, intercede por nosotros con gran interés, y desea ardientemente vernos un día asociados a su gloria y felicidad; por eso, tengamos por cierto que recibiremos de ella toda clase de bienes.

Depositemos, pues, en María una gran esperanza, ya que ella desea intensamente favorecernos; mayor es su solicitud en favorecernos que el nuestro en obtener sus favores. Tengámonle una gran devoción, pues no podemos ser buenos discípulos de Cristo, si no veneramos adecuadamente a María.

La venera la Iglesia, que levanta en su honor altares y edificios sagrados, instituye fiestas, compone oraciones para que los fieles las reciten. Celebrad, pues, con piedad, las fiestas de María, visitad con frecuencia sus iglesias, sus altares, sus imágenes.

¿Queréis agradar a Dios? ¿Queréis complacer a María y merecer su maternal patrocinio? Sed humildes, desprendidos de las cosas del mundo, guardad puro y casto el corazón y el Espíritu; sed pacientes en la tribulación, obedientes a las leyes, sumisos a los superiores; amad a Dios y al prójimo. María os colmara de gracias y beneficios; os asistirá en la hora de vuestra muerte; os llevara finalmente a la gloria de los bienaventurados, donde viviréis con ella eternamente.

RESPONSORIO

R/. Madre de misericordia, intercede por nosotros, tú, a quien Dios escucha siempre: * Extiende sobre nosotros tu manto.

V/. El cielo altísimo cubre la tierra, pero tú, Reina de misericordia, nos guardas bajo tu manto.

R/. Extiende sobre nosotros tu manto.

La oración conclusiva como en Laudes.

Laudes

HIMNO

De Siete Santos somos seguidores:
a ti el alma se eleva
y los ojos, Señora,
Virgen, Madre, Maestra.

Respondiendo al angélico mensaje
pobre, fiel y modesta,
te proclamas esclava,
soberana Princesa.

Predicas con los hechos y palabras
fiel, entregada, excelsa,
tu vives los Misterios:
te aclamamos Maestra.

A los hijos caídos tú socorres
benigna, con clemencia;
! pues somos pecadores
ampáranos materna.

Oh Señora, con voces suplicantes
pedimos nos protejas,
guíanos siempre y guárdanos,
y por nosotros ruega.

Siervos tuyos, Señora, para siempre,
para con tu asistencia
servir a Dios y al prójimo
en caridad auténtica.

Loor al Padre, al Hijo y al Paráclito
eternamente sea,
que quisieron hacerte
Virgen de gracia llena. Amén.

Las antífonas y los salmos del sábado correspondiente.

LECTURA BREVE

Jdt 13, 14a. 18ab. 19

Judit les dijo a gritos: «¡Alaben a Dios, alábenlo! Alaben a Dios que no ha apartado su misericordia de Israel, sino que ha derrotado esta noche». Ozías le dijo: «Hija, que te bendiga el Dios al Altísimo entre todas las mujeres de la tierra». Bendito sea el Señor Dios que creó el cielo y la tierra. Cuantos recuerden esta hazaña de Dios jamás perderán la esperanza que tú inspiras

RESPONSORIO BREVE

Lc 1, 42.45

R/. Bendita tú entre las mujeres * Y bendito el fruto de tu vientre.

Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre.

V/. Dichosa tú que has creído, porque se cumplirá todo lo que se te ha dicho de parte del Señor. * Y bendito el fruto de tu vientre.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre.

Benedictus, ant.

Dios te salve, santa María, gloria de Cristo:
a ti llamamos tus Siervos, Virgen bendita.

O bien:

Dios te salve, fuente de clemencia, Reina del cielo:
vuelve a tus Siervos tu mirada compasiva.

PRECES

Al despuntar la luz de un nuevo día dirijamos nuestras súplicas a Dios Padre, fuente de eterna claridad. Digamos a una voz:

Renueva en nosotros el misterio de la resurrección de Cristo.

Por intercesión de santa María, tu humilde sierva, haz que te amemos con sincero corazón,
- y hagamos, con filial sumisión, lo que a ti te agrada.

Por intercesión de santa María, nuestra Señora, inspira nuestras palabras, sostén nuestros compromisos, dirige nuestras acciones,

- para que nos entreguemos plenamente a ti y al servicio de la Iglesia.

Por intercesión de santa María, Reina de misericordia, mira con ojos de bondad a la familia de los Siervos,

- para que obre siempre con rectitud y justicia.

Por intercesión de santa María, trono de la Sabiduría, envíanos tu luz y tu verdad,

- para que profundicemos el significado de la misión de la Virgen en tu plan de salvación universal.

Por intercesión de santa María, morada del Espíritu, haz que seamos templos del divino Paráclito,
- y toda nuestra vida sea un sacrificio Espiritual agradable a tus ojos.

Se pueden añadir algunas intenciones libres.

[Concluamos la oración de la mañana con la plegaria de Cristo, que es compendio perfecto del servicio orante de la Iglesia:]

Padre nuestro.

ORACIÓN

Señor, Dios nuestro, que dispusiste misericordiosamente que la santísima Virgen, tu sierva, fuera la madre de Cristo y colaboradora suya en la obra de la redención, concédenos que, a imitación de nuestra Señora, seamos siempre fieles testimonios del Evangelio y dediquemos la vida a la salvación de los hombres. Por nuestro Señor Jesucristo.

II



[LA VIRGEN MARÍA Y LA IGLESIA]

Invitatorio

Ant. Vengan, adoremos a Cristo,
que asocio consigo a María y a la Iglesia
en la obra de la salvación.

El salmo invitatorio como en el Ordinario.

Oficio de lectura

HIMNO

El Autor de nuestra estirpe,
al hacer la primer Eva,
contemplo muy semejantes
a María y a la Iglesia.

En su designio supremo
vírgenes ambas conserva,
de virtudes como esposas,
de hijos como madres llenas.

Cubre a María el Espíritu
porque virgen dio a luz ella
a Cristo, de las naciones
Salvador, Señor, Cabeza.

Con el agua y el Espíritu
ha ce fecunda a la Iglesia,
para tener nuevos hijos
con la gloria como herencia.

A la Iglesia peregrina
María so corre atenta,
para conducirla al cielo
por estas rutas terrenas.

A ti, Padre, toda gloria
con Cristo y el Amor sea;
que con la Virgen María
enriqueces a la Iglesia. Amén.

Las antífonas, los salmos, el versículo y la primera lectura con su responsorio se toman del sábado correspondiente.

SEGUNDA LECTURA

De la Constitución dogmática *Lumen géntium*, sobre la Iglesia, del Concilio Vaticano II

(Nn. 63-65: AAS 57 [1965] pp. 64-65)

La Virgen precedió a la Iglesia como su modelo

La Virgen santísima, por el don y la prerrogativa de la maternidad divina, que la une con el Hijo Redentor, y por sus gracias y dones singulares, esta también íntimamente unida con la Iglesia. Como ya enseñó san Ambrosio, la Madre de Dios es tipo de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad, y de la unión perfecta con Cristo. Pues en el misterio de la Iglesia, que con razón es llamada también madre y virgen, precedió la santísima Virgen, presentándose de forma eminente y singular como modelo tanto de la virgen como de la madre. Creyendo y obedeciendo, engendro en la tierra al mismo Hijo del Padre, y sin conocer varón, cubierta con la sombra del Espíritu Santo, como una nueva Eva, que presta su fe exenta de toda duda, no a la antigua serpiente, sino al mensajero de Dios. Dio a luz al Hijo, a quien Dios constituyó primogénito entre muchos hermanos (*Rom 8, 29*), esto es, los fieles, a cuya generación y educación coopera con amor materno.

La Iglesia, contemplando su profunda santidad e imitando su caridad y cumpliendo fielmente la voluntad del Padre, se hace también madre mediante la palabra de Dios aceptada con fidelidad, pues por la predicación y el bautismo engendra a una vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por obra del Espíritu Santo y nacidos de Dios. Y es igualmente virgen, que guarda pura e íntegramente la fe prometida al Esposo, y a imitación de la Madre de su Señor, por la virtud del Espíritu Santo, conserva virginalmente una fe integra, una esperanza sólida y una caridad sincera.

Mientras la Iglesia ha alcanzado en la santísima Virgen la perfección, en virtud de la cual no tiene mancha ni arruga (cf. *Ef 5,27*), los fieles luchan todavía por crecer en santidad, venciendo enteramente al pecado, y por eso levantan sus ojos a María, que resplandece como modelo de virtudes para toda la comunidad de todos los elegidos. La Iglesia, meditando piadosamente sobre ella y contemplándola a la luz del Verbo hecho hombre, llena de reverencia, entra más a fondo en el soberano misterio de la encarnación y se asemeja cada día más a su Esposo. Pues María, que por su íntima participación en la historia de la salvación reúne en sí y refleja en cierto modo las supremas verdades de la fe, cuándo es anunciada y venerada, atrae a los creyentes a su Hijo, a su sacrificio y al amor del Padre. La Iglesia, a su vez, glorificando a Cristo, se hace más semejante a su excelso Modelo, progresando continuamente en la fe, en la esperanza y en la caridad y buscando y obedeciendo en todo a la voluntad divina. Por eso también la Iglesia en su labor apostólica, se fija con razón en aquella que engendró a Cristo, concebido del Espíritu Santo y nacido de la Virgen, para que también nazca y crezca por medio de la Iglesia en las almas de los fieles. La Virgen fue en su vida ejemplo de aquel amor maternal con que es necesario que estén animados todos aquellos que, en la misión apostólica de la Iglesia cooperan a la regeneración de los hombres.

RESPONSORIO

R/. El Unigénito del Padre se hizo hijo de la Virgen, Señor de su santísima Madre: * La cabeza, Cristo, es hijo de María; los miembros son fruto de la Iglesia.

V/. Cristo se hace pequeño por María, por la Iglesia crece de modo admirable.

R/. La cabeza, Cristo, es hijo de María; los miembros son fruto de la Iglesia.

O bien:

De los Sermones del beato Isaac, abad del monasterio de la Estrella

(Sermón 51: PL 194, 1862-1863)

María y la Iglesia: ambas son madres, ambas son vírgenes

El Hijo de Dios es el primogénito entre muchos hermanos. Por naturaleza es Hijo único, por gracia asoció consigo a muchos para que sean uno con él. *Pues a cuantos lo recibieron, les dio poder de llegar a ser hijos de Dios (Jn 1, 12).* ¡Oh amable y admirable poder! Si cualquier persona pobre y de humilde condición pudiese elegir para sí un padre rico y de noble cuna, ¿no se daría prisa en buscarse uno que fuera rey o aristócrata? Pues bien, todos los que quieren pueden ser hijos de Dios.

Y ¿por qué eso, - pregunto -, sino porque el Hijo de Dios quiso hacerse hijo de un pobre, para enriquecer a muchos con su pobreza? ¿Qué hijo de un rey o de un rico haría semejante cosa, es decir, el de condescender en rebajarse y convertirse, por el bien de los demás, en hijo de un pobre y de humilde condición? Y, suponiendo que se hiciera pobre, ¿cómo podría enriquecer a los demás? Y, haciéndose de humilde condición, ¿cómo podría ennoblecerlos? Por eso ningún noble querría bajar de su elevada posición, y, si lo hiciera, no podría levantar a los demás. Pero eso es lo que quiso y pudo hacer la incomparable caridad y el poder inestimable de Dios.

En efecto, así como lo necio de Dios y lo débil de Dios es la fuerza de los hombres, así también la pobreza de Dios es riqueza para los hombres, y el abajamiento de Dios es elevación para los hombres. Y así, haciéndose hijo de pobre, hizo a muchos hijos de rico; haciéndose hijo de esclava, hizo a muchos hijos de un gran Señor; haciéndose finalmente Hijo del hombre, hizo a muchos hijos de Dios. El que es Hijo único asoció consigo, por su amor y su poder, a muchos. Estos, siendo muchos por la generación según la carne, por la regeneración divina son uno con él.

Cristo es uno, el Cristo total, cabeza y cuerpo. Uno nacido de un único Dios en el cielo y de una única madre en la tierra. Muchos hijos y un solo Hijo. Pues así como la cabeza y los miembros son un Hijo y muchos hijos, así también María y la Iglesia son una madre y muchas, una virgen y muchas.

Ambas son madres, ambas son vírgenes; ambas conciben virginalmente del Espíritu Santo. Ambas dan a luz, sin pecado, una descendencia para Dios Padre. María dio a luz sin pecado a la cabeza del cuerpo; la Iglesia da a luz, por el perdón de los pecados, al cuerpo de esa cabeza. Ambas son madres de Cristo, pero ninguna de las dos puede, sin la otra, dar a luz al Cristo total.

Por eso, en las Escrituras divinamente inspiradas, lo que se entiende en general de la Iglesia, virgen y madre, se entiende en particular de la Virgen María; y lo que se entiende de modo especial de María, virgen y madre, se entiende de modo general de la Iglesia, virgen y madre. Y, cuándo los textos hablan de una u otra, dichos textos pueden aplicarse indiferentemente a las dos.

También se puede decir que cada alma fiel es esposa del Verbo de Dios, madre de Cristo, hija y hermana, virgen y madre fecunda. Todo lo cual la misma Sabiduría de Dios, que es la Palabra del Padre, lo dice universalmente de la Iglesia, de modo especial de la Virgen María, e individualmente de cada alma fiel.

RESPONSORIO

R/. En María y en la Iglesia la virginidad no impide la fecundidad; * En ambas la fecundidad no menoscaba la virginidad.

V/. María dio a luz corporalmente a Cristo, cabeza del cuerpo místico; la Iglesia da a luz espiritualmente a los miembros de ese cuerpo.

R/. En ambas la fecundidad no menoscaba la virginidad.

O bien:

De los Sermones de san Agustín, obispo

(Sermón Denis 25, nn. 7-8; ed. G. Morin, *Sancti Augustini Sermones post Maurinos reperti*, Roma 1930, pp. 162-164)

La Iglesia: madre santa, honorable, semejante a María

Os pido que atendáis a lo que dijo Cristo el Señor, extendiendo la mano sobre sus discípulos: Éstos son mi madre y mis hermanos y el que hace la voluntad de mi Padre que me ha enviado es mi hermano y mi hermana y mi madre (cf. *Mc* 3, 34-35; *Mt* 12, 49-50). ¿Por ventura no cumplió la voluntad del Padre la Virgen María, ella, que dio fe al mensaje divino, que concibió por su fe, que fue elegida para que de ella naciera entre los hombres el que había de ser nuestra salvación, que fue creada por Cristo antes que Cristo fuera creado en ella? Ciertamente, cumplió santa María, con toda perfección, la voluntad del Padre, y por eso es más importante su condición de discípula de Cristo que la de madre de Cristo; es más dichosa por ser discípula de Cristo que por ser madre de Cristo. Por eso María fue bienaventurada, porque, antes de dar a luz a su maestro, lo llevó en su seno.

Mira si no es tal como digo. Pasando el Señor, seguido de las multitudes y realizando milagros, dijo una mujer: *Dichoso el seno que te llevó (Lc* 11, 27). Y el Señor, para enseñarnos que no hay que buscar la felicidad en las realidades de orden material, ¿qué es lo que respondió?: *Dichosos más bien los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen (Lc* 11, 28). De ahí que María es dichosa, también porque escuchó la palabra de Dios y la cumplió; llevó en su seno el cuerpo de Cristo, pero más aun guardó en su mente la verdad de Cristo. Cristo es la verdad, Cristo tuvo un cuerpo: en la mente de María estuvo Cristo, la verdad; en su seno estuvo Cristo hecho carne, un cuerpo. Y es más importante lo que está en la mente que lo que se lleva en el seno.

María fue santa, María fue dichosa, pero más importante es la Iglesia que la misma Virgen María. ¿En qué sentido? En cuanto que María es parte de la Iglesia, un miembro santo, un miembro excelente, un miembro supereminente, pero un miembro de la totalidad del cuerpo. Ella es parte de la totalidad del cuerpo, y el cuerpo entero es más que uno de sus miembros. La cabeza de este cuerpo es el Señor, y el Cristo total lo constituyen la cabeza y el cuerpo. ¿Qué más diremos? Tenemos, en el cuerpo de la Iglesia, una cabeza divina, tenemos al mismo Dios por cabeza.

Por tanto, amadísimos hermanos, atended a vosotros mismos: también vosotros sois miembros de Cristo, cuerpo de Cristo. Así lo afirma el Señor, de manera equivalente, cuándo dice: Éstos son mi madre y mis hermanos (*Mc* 3,34). ¿Cómo seréis madre de Cristo? El que escucha y el que hace la voluntad de mi Padre celestial es mi hermano y mi hermana y mi madre (cf. *Mt* 12,50). Podemos entender lo que significa aquí el calificativo que nos da Cristo de «hermanos» y «hermanas»: la herencia celestial es única, y, por tanto, Cristo, que siendo único no quiso estar solo, quiso que fuéramos herederos del Padre y coherederos suyos.

Esta heredad es tal que, en efecto, no puede contentarse de un limitado número de herederos. Ahora comprendo que nosotros somos hermanos de Cristo, que las mujeres santas y fieles son hermanas de Cristo.

¿Cómo podemos entender que «somos madres de Cristo»? ¿Qué quiere decir eso? ¿Tendremos el atrevimiento de llamarnos madre de Cristo? Ciertamente que sí. Os he dicho que todos vosotros sois sus hermanos, ¿y no tendré también la osadía de llamaros su madre? Yo no me

atrevo a negar lo que Cristo dijo. Ea, amadísimos, considerad en qué sentido la Iglesia es esposa de Cristo: es eso dato; lo que es más difícil de entender, aunque sea verdad, es que la Iglesia es madre de Cristo. En esto la Virgen María precedió a la Iglesia como modelo. Por eso os pregunto: ¿No es María madre de Cristo puesto que ha dado a luz sus miembros? Y vosotros, a quienes estoy hablando, sois miembros de Cristo: ¿Quién os ha engendrado? Ya os escucho responder en vuestro corazón: la madre Iglesia. Esta madre santa, honrada, es semejante a María, pues como ella, da a luz y es virgen. [...]

Conservad la virginidad en vuestros espíritus: la pureza del corazón, la integridad de la fe católica; Eva fue corrompida por la palabra de la serpiente; la Iglesia, por un don del Altísimo, debe ser virgen. María, permaneciendo virgen, concibió a Cristo en el vientre; vosotros, miembros de Cristo, lo concebís en el animo: y así sois madre de Cristo. No es una realidad que esté lejos de vosotros, más allá de vuestras fuerzas, contraria a vuestra naturaleza: habéis si do hechos hijos, sed también madres. Hijos de la Madre (Iglesia), habéis nacido como miembros de Cristo cuándo fuisteis bautizados: llevad al bautismo a todos los que podáis; así como vosotros habéis llegado a ser hijos cuándo nacisteis, así también podáis ser madres de Cristo conduciendo a otros al nacimiento.

RESPONSORIO

R/. Dichosa eres, santa María, virgen y madre: con la mente y el vientre diste a luz en la tierra al Hijo del Padre, * Cubierta con la sombra del Espíritu Santo, diste fe al mensaje divino.

V/. Dichosa tu también, santa Iglesia, madre y virgen:

cumpliendo fielmente la voluntad del Padre, en la fuente bautismal engendras para la vida eterna a innumerables hijos de Dios.

R/. Cubierta con la sombra del Espíritu Santo, diste fe al mensaje divino.

O bien:

De la Exhortación apostólica *Marialis cultus* del papa Pablo VI

(Nn. 16-19: AAS 66 [1974] pp. 128-131)

La Virgen modelo de la Iglesia en el ejercicio del culto

Queremos ahora, siguiendo algunas indicaciones de la doctrina conciliar sobre María y la Iglesia, profundizar un aspecto particular de las relaciones entre María y la Liturgia, es decir: María como ejemplo de la actitud espiritual con que la Iglesia celebra y vive los divinos misterioso [...]

María es la Virgen oyente, que acoge con fe la palabra de Dios: fe, que para ella fue premisa y camino hacia la maternidad divina, porque, como intuyó san Agustín: «la bienaventurada Virgen María dio a luz, creyendo, a Jesús, a quien habla concebido por la fe»: en efecto, cuándo recibió del Ángel la respuesta a su duda (cf. *Lc* 1, 34-37) «ella, llena de fe, y concibiendo a Cristo en su mente antes que en su seno, dijo: he aquí la esclava del Señor, hágase en mi según tu palabra» (*Lc* 1,38); fe, que fue para ella causa de bienaventuranza y seguridad en el cumplimiento de la palabra del Señor (*Lc* 1, 45); fe, con la que ella, protagonista y testigo singular de la Encarnación, volvía sobre los acontecimientos de la infancia de Cristo, confrontándolos entre sí en lo hondo de su corazón (cf. *Lc* 2, 19.51). Esto mismo hace la Iglesia, la cual, sobre todo en la sagrada Liturgia, escucha con fe, acoge, proclama, venera la palabra de Dios, la distribuye a los fieles como pan de vida y escudriña a su luz los signos de los tiempos, interpreta y vive los acontecimientos de la historia.

María es, asimismo, la Virgen orante. Así aparece ella en la visita a la madre del Precursor, donde abre su Espíritu en expresiones de glorificación a Dios, de humildad, de fe, de esperanza: tal es el Magnificat (cf. *Lc* 1, 46-55), la oración por excelencia de María, el canto de los tiempos mesiánicos, en el que confluyen la exultación del antiguo y del nuevo Israel, porque, como parece sugerir san Ireneo, en el cántico de María fluyó el regocijo de Abrahán que presentía al Mesías (cf.

Jn 8, 56) y resonó, anticipada proféticamente, la voz de la Iglesia: «Saltando de gozo, María proclama proféticamente en nombre de la Iglesia: Mi alma engrandece al Señor...». En efecto, el cántico de la Virgen, al difundirse, se ha convertido en oración de toda la Iglesia en todos los tiempos.

Virgen orante aparece María en Cana, donde, manifestando al Hijo con delicada súplica una necesidad temporal, obtiene además un efecto de la gracia: que Jesús, realizando el primero de sus signos, confirme a sus discípulos en la fe en él (cf. *Jn* 2, 1-12).

También el último trazo biográfico de María nos la describe en oración: los Apóstoles perseveraban unánimes en la oración, juntamente con las mujeres y con María, Madre de Jesús, y con sus hermanos (*Hch* 1, 14): presencia orante de María en la Iglesia naciente y en la Iglesia de todo tiempo, porque ella, asunta al cielo, no ha abandonado su misión de intercesión y salvación. Virgen orante es también la Iglesia, que cada día presenta al Padre las necesidades de sus hijos, «alaba incesantemente al Señor e intercede por la salvación del mundo».

María es también la Virgen-Madre, es decir, aquella que «por su fe y obediencia engendró en la tierra al mismo Hijo del Padre, sin contacto con hombre, sino cubierta por la sombra del Espíritu Santo»: prodigiosa maternidad, constituida por Dios como tipo y ejemplar de la fecundidad de la Virgen-Iglesia, la cual «se convierte ella misma en madre, porque con la predicación y el bautismo engendra a una vida nueva e inmortal a los hijos, concebidos por obra del Espíritu Santo, y nacidos de Dios». Justamente los antiguos Padres enseñaron que la Iglesia prolonga en el sacramento del bautismo la maternidad virginal de María. Entre sus testimonios nos complacemos en recordar el de nuestro eximio predecesor san León Magno, quien en una homilía natalicia afirma: «El origen que (Cristo) tomó en el seno de la Virgen, lo ha puesto en la fuente bautismal: ha dado al agua lo que dio a la Madre; en efecto, la virtud del Altísimo y la sombra del Espíritu Santo (cf. *Lc* 1, 35), que hizo que María diese a luz al Salvador, hace también que el agua regenere al creyente». Queriendo beber en las fuentes litúrgicas podríamos citar la hermosa *Illatio* de la Liturgia hispánica: «Ella (María) llevó la Vida en su seno, ésta (la Iglesia) en el bautismo. En los miembros de aquélla se plasmó Cristo, en las aguas bautismales el regenerado se reviste de Cristo».

RESPONSORIO

R/. El ángel anuncia, la Sierva recibe al Verbo; Isabel alaba, María proclama la grandeza del Señor; los pastores hablan, la Madre, en silencio, medita en su corazón; Simeón profetiza, la Virgen presenta su Hijo a Dios Padre, * Y lo ofrece por la salvación del mundo.

V/. La Iglesia, madre por su descendencia, virgen por sus sacramentos, recibe con amor la palabra de Dios, engendra hijos por la fe y por el agua, ruega por los hombres, celebra el sacrificio de la Pascua.

R/. Y lo ofrece por la salvación del mundo.

La oración conclusiva como en Laudes.

Laudes

HIMNO

María, imagen y principio de la Iglesia:
hoy dejamos en tu corazón
- pobre, silencioso y disponible
esta Iglesia peregrina de la Pascua.

Una Iglesia esencialmente misionera,
fermento y alma de la sociedad en que vivimos;
una Iglesia profética que sea
el anuncio de que el Reino ya ha llegado.

Una Iglesia de auténticos testigos,
insertada en la historia de los hombres
como presencia salvadora del Señor,
y como fuente de paz, de alegría y de esperanza. Amén.

Las antífonas y salmos del sábado correspondiente.

LECTURA BREVE

Ap 12, 3a. 4cd. 5-6a

Apareció una señal en el cielo: la Serpiente se detuvo delante de la Mujer que iba a dar a luz, para devorar a su Hijo en cuanto lo diera a luz. La Mujer dio a luz un Hijo varón, el que ha de regir a todas las naciones con cetro de hierro; y su Hijo fue arrebatado hasta Dios y hasta su trono. Y la Mujer huyó al desierto, donde tiene un lugar preparado por Dios.

RESPONSORIO BREVE

R/. El correr de las acequias alegra la ciudad de Dios, * El Altísimo consagra su morada.
El correr de las acequias alegra la ciudad de Dios, el Altísimo consagra su morada.

V/. Teniendo a Dios en medio no vacila. * El Altísimo consagra su morada.
Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

El correr de las acequias alegra la ciudad de Dios, el Altísimo consagra su morada.

Benedictus, ant.

Tu Unigénito, oh Padre,
se hizo hijo de su Sierva,
y Señor de su humilde Madre:
María lo dio a luz,
la Iglesia también lo engendra.

O bien:

¡Dichosa tu, santa María,
espejo sin mancha!
En ti la Iglesia contempla
la imagen de su futura gloria.

PRECES

Confiando en la intercesión de la Virgen, invoquemos a Dios Padre que, con la fuerza del Espíritu Santo, encamina a todos los hombres hacia la unidad:

Padre, que instituiste a la Iglesia como un redil, cuya puerta es Cristo, haz que todos los pueblos entren en él.

- *Te lo pedimos con María, Madre del buen Pastor.*

Padre, que quisiste que la Iglesia fuera el «campo de Dios», donde germinara Cristo, la vida verdadera, haz que todos los discípulos, permaneciendo unidos a él, den fruto abundante.

- *Te lo pedimos con María, renuevo de la raíz de Jesé.*

Padre, que erigiste a la Iglesia como «morada de Dios entre los hombres», haz que vivamos conforme a la dignidad de templos de tu gloria.

- *Te lo pedimos con María, sagrario del Espíritu Santo.*

Padre, que adornaste a la Iglesia, esposa de tu Hijo, con los dones del Espíritu Santo, haz que mantenga íntegra su unión a Cristo y engendre numerosos hijos del Reino.

- Te lo pedimos con María, tálamo del Verbo encarnado.

Padre, que nos diste a la Iglesia como madre solícita, haz que promovamos en la comunidad eclesial la concordia y la paz.

- Te lo pedimos con María, madre de la unidad.

Se pueden añadir algunas intenciones libres.

[Por la misericordia de Dios formamos el Pueblo de la nueva Alianza: concluyamos, pues, nuestras peticiones con la oración que nos ha enseñado Cristo, el único y nuevo Mediador:]

ORACIÓN

Señor, maestro y guía del pueblo de la Nueva Alianza, tu has querido que la Virgen María, Madre de Cristo, fuese también madre Espiritual de los cristianos: concédenos, por su intercesión, que todos los pueblos del mundo entren a formar parte de tu familia, la Iglesia. Por nuestro Señor Jesucristo.

O bien:

Oh Dios, Padre de misericordia, cuyo Hijo, clavado en la cruz, proclamó como Madre nuestra a santa María Virgen, Madre suya, concédenos, por su mediación amorosa, que tu Iglesia, cada día más fecunda, se llene de gozo por la santidad de sus hijos, y atraiga a su seno a todas las familias de los pueblos. Por nuestro Señor Jesucristo.

III



[MARÍA, MUJER NUEVA]

Invitorio

Ant. Vengan, adoremos a Jesucristo,
en quien se renueva toda la creación.

O bien:

Ant. Vengan, adoremos a Dios Padre,
que en el Espíritu de Cristo
renueva todas las cosas.

El salmo invitorio como en el Ordinario.

Oficio de lectura

HIMNO

«Una gran señal apareció en el cielo:
era una Mujer de sol vestida
con una corona de doce estrellas
y bajo sus pies tenía la luna.

¡Aun lleva en el seno a su Hijo
y grita y sufre dolores de parto!
Luego apareció un terrible monstruo:
en siete cabezas, siete diademas.

Con su cola barría el gran cielo,
al suelo caía un tercio de astros;
y estaba el dragón ante la Mujer
para devorar el fruto del seno...

Ya la mujer con alas de águila
hacia el desierto es arrebatada»:
a dado a luz, Mujer nueva, retorna,
vuelva la tierra a esperar todavía!

Oh Trinidad, gloriosa y arcana,
te alabamos porque nos has donado
la nueva aurora que anuncia tu día:
Cristo, la gloria de todo el creado. Amén.

Las antífonas, los salmos, el versículo y la primera lectura con su responsorio se toman del sábado correspondiente.

SEGUNDA LECTURA

De los Discursos del papa Juan XXIII

(Discorsi, messaggi, colloqui del Santo Padre Giovanni XXIII: vol. II, pp. 51-53)

La intimidad del hombre con Dios retorna en María a su per/ección original

La Inmaculada evoca los fulgores de la aurora.

Preservada del pecado original, María fue llena de gracia desde el primer instante de su concepción. Ya desde el seno materno, el alma de María fue invadida por la luz divina: después de aquella larga noche de siglos, transcurridos desde la culpa de nuestros primeros padres, se levanta esta estrella matutina, límpida y pura, transparente e inviolada, mientras el cielo va mudando de color con la promesa del día inminente. La intimidad con Dios, otorgada a Adán en la creación y tan pronto perdida, retorna en María a su perfección original; y se anuncia a los hombres la venida del Sol de justicia (cf. *Mal* 4,2), de aquel que, comunicando la vida, restablece para los hombres de buena voluntad la amistad y la unión con Dios.

El alma cristiana debe sentir este estremecimiento de vida sobrenatural, iniciada en el bautismo. Os decimos, pues, con el Apóstol: *Caminad como hijos de la luz. Toda bondad, justicia y verdad son fruto de la luz. Examinad qué es lo que agrada al Señor, y no toméis parte en las obras infructuosas de las tinieblas (Ef 5,8-11).*

La Inmaculada evoca también la promesa y anuncio de redención.

Ella, que, en previsión de los méritos de su Hijo Redentor, fue preservada de la mancha original, gozó de este privilegio porque estaba predestinada a la sublime misión de Madre de Dios. Ella, que tenía que dar una carne mortal al Verbo eterno del Padre, no podía ser contaminada, ni por un instante, por la sombra del pecado. Es llamada, pues, Inmaculada, en dependencia de Jesucristo, puesto que la Madre lo ha recibido todo en función del Hijo. La apertura en la tierra de esta blanquísima corola es presagio seguro de reconciliación de la humanidad con Dios.

Si, con toda razón puede cantar la liturgia en el día del nacimiento de la Virgen: «Tu nacimiento, santa Madre de Dios, ha anunciado la alegría al mundo entero».

Pero esta alegría es también purpúreo anuncio de sacrificio: sacrificio de la bendita Madre de Jesús, la cual, al pronunciar a su tiempo el «fiat», acepta participar en la suerte del Hijo, desde las privaciones de Belén a las renunciaciones de la vida oculta, al martirio del Calvario. No podemos, por tanto, tenernos por hijos predilectos del Señor y de su Madre, si en nuestra vida no hay lugar para el sacrificio y el desprendimiento.

Inmaculada quiere decir, además, orden y belleza. Orden de la naturaleza, elevada a la gracia que tenía en el momento de salir de las manos del Creador, y dócil, por tanto, a su voluntad y a sus deseos; belleza que dimana de este orden y es su luminoso coronamiento. [...]

Cada uno debe procurar la plena conquista de su propio orden interior, de la auténtica belleza sobrenatural: y las cualidades individuales se reflejan y se reproducen en un horizonte

siempre más amplio, hasta hacer que se alegre de ellas y se embellezca cada vez más la gran familia de los creyentes.

Finalmente, Inmaculada quiere decir visión del paraíso.

Aquella gracia que le fue concedida en un grado perfecto y supereminente desde el primer instante de su existencia terrena, y que se nos da también a nosotros, aunque en una medida ciertamente inferior, es tan sólo una prenda de la felicidad eterna: de aquel día en que caerán los velos de la fe, que ahora ocultan la visión de Dios, y contemplaremos cara a cara al Señor.

La Inmaculada anuncia de antemano el alba del día eterno, y nos guía y sostiene en el camino que aun nos separa de él. Por eso el himno litúrgico Ave, maris Stella tiene aquella dulce invocación: «haz que, viendo a Jesús, nos alegremos siempre contigo». A esta última meta, coronamiento de la vida de la gracia, deben tender los latidos de nuestro corazón y los esfuerzos más generosos de la cristiana fidelidad.

RESPONSORIO

R/. Dios te salve, Mujer nueva, inmune del antiguo pecado: * De ti nació Jesucristo, el nuevo Adán.

V/. Dios te salve, nueva Tierra preparada por Dios, regada por el Espíritu Santo.

R/. De ti nació Jesucristo, el nuevo Adán.

O bien:

De la carta pastoral sobre «La santísima Virgen en el plan de la salvación» de la Conferencia episcopal suiza

(En la fiesta de acción de gracias, 16 de septiembre de 1973, en *Marianum* 36, 1974, pp. 367 -368)

María, la primera entre los redimidos, es nuestra hermana y nuestra madre

Sin la fe de María, el amor de Dios a los hombres no se hubiera transformado en el don que se manifiesta en Jesucristo. Por eso la Virgen, con su «Sí», se desposa realmente con el amor que Dios quiere manifestar a los hombres y hace posible la expresión de este amor. Y así, ella es, para nosotros, la Madre de todo consentimiento humano. Su papel en la historia de la salvación es único e indispensable.

El Concilio Vaticano II ha puesto de relieve la libre respuesta de María a la invitación del Señor. La Virgen es para todo creyente el modelo incomparable de la vida teologal, en la fe, en la esperanza y en la caridad.

En la Anunciación nosotros la contemplamos como la pura esperanza de Dios, que resume toda la esperanza del Antiguo Testamento, penetrando ya, por vez primera, en la dimensión de la Nueva Alianza. En su humildad, ella es la esclava del Señor, porque nada en ella puede ofuscar la gratitud de Dios creador, que todo lo suscita y lo crea de la nada. Y esta nada, que ella quiere ser, será precisamente el punto de absoluta pureza a través del cual la tierra germinar al Salvador (Is 45,8).

La seguimos después a lo largo del camino terreno de Jesús. Cristo, en efecto, en su carne humana, experimenta totalmente nuestra condición humana, excepto el pecado: crece y se desarrolla. Y María, con una fidelidad total, sigue y vive este crecimiento, desde Belén al Calvario. Nosotros admiramos su progreso en la fe: una fe que se purifica en las pruebas durante la vida oculta del Hijo, a lo largo de su vida pública y sobre todo en el momento de la hora de Jesús, la cruz.

Cuando Jesús se entrega voluntariamente para sufrir la pasión, el «Sí» de María es tan puro que la hace adherirse con todo su ser a esta muerte en favor de los hombres. Ella es la única capaz de perder a Cristo Hombre, y por eso es consagrada por las mismas palabras de Jesús y revestida de una maternidad universal. En efecto, detrás de las divinas palabras pronunciadas desde la cruz:

Mujer, ahí tienes a tu hijo y ahí tienes a tu madre (Jn 19, 26-27), la Iglesia ha reconocido siempre la inmensa multitud de los hombres confiados al amor maternal de María.

Después de la resurrección de Jesús, la Virgen continua diciendo su «Sí» al Hijo y desposándose con sus deseos. Puesto que el gran deseo de Cristo, su promesa hecha antes de morir, es enviar el Espíritu Santo, María ruega para que venga y lo espera en el cenáculo con los apóstoles. Después de lo cual, para que su «SI» pueda, en nombre de todos los redimidos, continuar sin límites de espacio ni de tiempo, su Hijo la hace subir, en cuerpo y alma, a la gloria del Padre.

Desde entonces María, «con su amor maternal, se cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y se hallan en peligros y ansiedad hasta que sean conducidos a la patria feliz» (LG 62).

Su función perdura siempre: *ella se une a la obra de su Hijo que vive siempre para interceder en nuestro favor (Heb 7, 25)*. No nos imaginamos esta función como intermediaria entre Cristo y nosotros, porque nadie puede estar más cerca de nosotros que Cristo Jesús, *el único mediador entre Dios y los hombres (1Tim 2, 5)*. Pero contemplamos a María en su verdadero lugar, a nuestro lado, la primera entre los redimidos, como nuestra hermana y nuestra madre que nos invita continuamente a decir, como ella, nuestro «sí» a Cristo que nos salva.

Su gozo ahora consiste en hacer que nuestra mirada se vuelva al verdadero rostro del Redentor. El contemplarla a ella nos impide olvidarnos del niño de Belén y del crucificado del Gólgota. Su gozo consiste en mostrarnos la obra constante de aquel que ha realizado en ella maravillas. Por este motivo, y con toda razón, podemos honrarla como Madre de toda la Iglesia, esto es, como la maternal dispensadora de la gracia de Jesús a todos los hombres de buena voluntad.

RESPONSORIO

R/. La Virgen María, llena de fe y de gracia, responde al mensaje del ángel: * «He aquí la esclava del Señor, hágase en mi según tu palabra».

V/. María, destinada a ser madre permaneciendo virgen, concibiendo a Cristo en su mente antes que en su vientre, dice:

R/. «He aquí la esclava del Señor, hágase en mi según tu palabra».

O bien:

De la carta pastoral sobre la Virgen María «He ahí a tu Madre», de la Conferencia episcopal de los Estados Unidos de América

(Behold thy Mother. Woman of faith, Washington 1973, nn. 34-37: en Marianum 36,1974, pp. 378-380)

La santísima Virgen María es figura del nuevo pueblo de Dios

En el evangelio de san Juan, la Madre de Jesús esta presente en Caná y en el Calvario, es decir, al principio y al fin de la vida pública del Hijo. En ambos casos, Jesús se dirige a ella con el nombre de «mujer». Una y otra escena se refieren a una «hora» especial. En Caná, esta hora se refiere al inicio del misterio mesiánico, *que todavía no ha llegado (Jn 2, 4)*, y, sin embargo, comienza con el *primero de los signos (Jn 2, 11)*, realizado por Jesús a petición de María. En el Calvario se une a la hora prometida, la hora en que Jesús, elevado sobre la tierra, *atrae a todos hacia sí (Jn 12, 32)*. Más aun: las bodas de Caná tienen lugar *tres días después (Jn 2, 1)*, y es al tercer día cuando se cumple el tiempo sagrado del misterio pascual. Todo lo que en Caná es un comienzo halla su realización plena en el Calvario.

Las palabras de Jesús a su Madre: *¿Qué tengo yo contigo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora (Jn 2, 4)*, son una invitación a profundizar en la fe, a descubrir, más allá de la falta del vino, la función mesiánica de Cristo. Así lo indica san Juan en la conclusión del relato de Caná: Jesús comenzó sus signos, *manifestó su gloria y creció la fe de sus discípulos en él (Jn 2,11)*. Para san Juan, los signos o milagros de Jesús tienen por finalidad despertar o reforzar la fe de sus discípulos.

Llama la atención el hecho de que no se realiza ningún signo para ayudar la fe de María; antes del «comienzo de los signos» María cree en la palabra del Hijo y da pruebas de fe.

La presencia de María en las bodas de Cana nos enseña muchas cosas sobre ella misma: su prontitud en captar la situación, su interés por el apuro de la joven pareja, su condescendiente y compasiva intercesión: «Movida a compasión, suscitó con su intercesión el comienzo de los milagros de Jesús Mesías» (LG 58). Hay también, en María, un sentido profundamente eclesial. Ella es, en primer lugar, figura de la Sinagoga, la antigua Hija de Sión, que se sirve aun de los antiguos medios imperfectos, como el agua en las tinajas de piedra, *preparadas para las purificaciones de los judíos* (Jn 2, 6). Pero cuándo ella dice a los sirvientes: *Haced lo que él os diga* (Jn 2, 5), se convierte a la vez en figura del nuevo Pueblo de Dios. El cambio del agua en un vino excelente y abundante simboliza la llegada de los tiempos mesiánicos. María esta presente como tipo de la Iglesia, esposa de Cristo, y en nombre de la Iglesia da la bienvenida al Esposo mesiánico. Su petición obtiene el vino nuevo.

El significado de la presencia de María en Caná queda plenamente revelado en el Calvario, donde ella *está junto a la cruz de Jesús* (Jn 19, 25) y donde escucha aquellas palabras que él le dirige: *Mujer, ahí tienes a tu hijo* (Jn 19, 26). Aquí el evangelio expresa algo más que una simple preocupación de Jesús agonizante por su madre, y el pensamiento de san Juan va más allá de los intereses del ámbito familiar.

Las palabras de Jesús en la última cena nos ayudan a comprender las que pronuncia en el Calvario. La vigilia de su pasión había dicho: La mujer, cuando va a dar a luz, está triste, porque le ha llegado su hora; pero cuando ha dado a luz al niño, ya no se acuerda del aprieto por el *gozo de que ha nacido un hombre en el mundo* (Jn 16, 21). El Antiguo Testamento había prometido que en la edad mesiánica, la Hija de Sión engendraría unos hijos nunca concebidos por ella. La esperanza mesiánica de Israel era a veces comparada a las fatigas del parto. Las palabras: *Mujer, ahí tienes a tu hijo y ahí tienes a tu madre* (Jn 19, 26-27) contienen el solemne anuncio de que la promesa mesiánica se cumplía. En el Calvario, María representa «la mujer», que es la Iglesia Madre, el nuevo Israel, el nuevo Pueblo de Dios, la Madre de todos los hombres, tanto judíos como gentiles. «La madre de Jesús - como dicen los exegetas - engendra, en él y con él, todo aquel nuevo pueblo que nacerá de su resurrección; María lleva en su seno a todos estos hijos, como antes había llevado al mismo Jesús».

RESPONSORIO

cf. Jn 2, 20; Mc 2, 22

R/. El mayordomo le dijo al esposo: Todos sirven primero el vino bueno y cuándo ya están bebidos, el inferior. * Tu has guardado el vino bueno hasta ahora.

V/. Nadie echa vino nuevo en odres viejos; a vino nuevo, odres nuevos.

R/. Tu has guardado el vino bueno hasta ahora.

O bien:

De la carta pastoral «Sobre la santísima Virgen María» de la Conferencia episcopal de las Islas Filipinas

(2 de febrero de 1975, nn. 36-37.94-95; en *Marianum* 38, 1976, pp. 417-418. 432-433)

Las palabras de María proclaman un cambio del orden social en el reino de Dios

En la Visitación, María, que lleva al niño en su seno (cf. *Lc* 1, 39-45.56), se convierte en imagen del Arca de la alianza, el lugar de la presencia permanente de Dios en medio de su pueblo. Como el Arca, en tiempos de David, fue trasladada a Jerusalén, así también la madre de Jesús se pone en camino hacia la Ciudad santa para visitar a Isabel. Como Israel veneraba la presencia de Dios en el Arca durante su camino hacia Jerusalén, así también Isabel reconoce en el saludo de María que la madre de Jesús es portadora de la presencia divina. Pero, a diferencia de David, la

reacción de Isabel en presencia del Señor es de una exultación gozosa (cf. *Lc* 1, 43) y no de un temor reverencial (cf. *2Sm* 6, 9): puesto que María aporta la presencia santificadora de Dios, en contraste con la presencia temible que hiere de muerte a Uza (cf. *2Sm* 6, 7). María se quedó con Isabel unos tres meses, y su presencia fue causa de bendición, como lo fue la del Arca para la casa de Obededom (cf. *2Sm* 6, 11).

El Magníficat (*Lc* 1, 46-55) vuelve sobre el tema de la exaltación de María a causa de su humildad. En él es presentada nuevamente como modelo de fe, pero esta vez la fe tiene las características de los *anawim*, es decir, de la comunidad espiritual de los pobres y de los humildes, que hallan su gozo y su fuerza en el sentimiento de su dependencia de Dios. El Magníficat constituye esencialmente una serie de reflexiones religiosas relacionadas con varios conceptos del Antiguo Testamento concernientes al misterio del plan salvífico de Dios: plan que se realiza plenamente en María. A través de la Madre de Jesús, las generaciones futuras recibirán las bendiciones de la era mesiánica. La felicitaran todas las generaciones, porque reconocerán que, por mediación de María, se han volcado sobre ellas los favores divinos. [...]

Raramente unimos la devoción a María con la dimensión social de la vida cristiana; esta devoción encierra a veces el peligro de convertirse en un piadoso individualismo. María debe ser considerada siempre en un contexto bíblico, en cuanto es la expresión última de los patriarcas, los profetas y los salmistas del Antiguo Testamento. Esto lo vemos con mucha claridad en su canto de alabanza, el Magníficat, en el cual ella, con toda naturalidad, pasa, de hablar de si misma, a hablar de su pueblo. El Dios que es su salvador y cuya grandeza ella proclama, es un Dios que actúa constantemente, de generación en generación, en medio de los humildes y de los pobres. Aunque las palabras de María no pueden interpretarse con el significado actual de lucha de clases, no obstante, proclaman un cambio del orden social en el reino de Dios.

El cántico de María celebra a Dios que *dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos, enaltece a los humildes, colma de bienes a los hambrientos y despide vacíos a los ricos* (*Lc* 1,51-53). Es un eco de las invectivas de los profetas, que condenaban a los ricos, no por sus riquezas, sino por su autosuficiencia; a los poderosos, no por ejercer la autoridad, sino por sus injusticias y arbitrariedades. Los pobres de Israel eran una vergüenza para el país; eran la manifestación de una sociedad enferma y, en un sentido más profundo, de una radical desviación de la voluntad de Dios con respecto a su pueblo. Los pobres, en definitiva, eran el signo visible de las culpas arraigadas en la nación. Codicia y fraude se hallaban en el corazón de los poderosos de la tierra, quienes exprimían la sangre de los pobres en provecho propio. Y por más que estaban impregnados de este pecado social, mostraban una apariencia de devoción y respetabilidad que los profetas veían como algo sacrílego. Es a esta clase de hombres a quienes ha dicho el Señor: *Cuándo extendéis las manos, cierro los ojos; aunque multipliquéis las plegarias, no os escucharé.*

Apartad de mi vista vuestras malas acciones: cesad de obrar mal, aprended a obrar bien, buscad la justicia, defended al oprimido; sed abogados del huérfano, defensores de la viuda (*Is* 1, 15-17).

RESPONSORIO

cf. *Sal* 33, 4; 85, 13; *Lc* 1,52

R/. Proclamen conmigo la grandeza del Señor, * porque es grande su misericordia.

V/. Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes.

R/. Porque es grande su misericordia.

La oración conclusiva como en Laudes.

Laudes

HIMNO

Heme aquí, sierva yo soy del Señor;
hágase en mi según tu palabra.

Tu eres la tierra obediente, María,
y la creación que ama y adora.

Eres la Hija más fiel de Sión,
la raíz santa que engendra la Flor
que todo el mundo había esperado,
la Flor de luz para nuestro camino.

Día tras día la Iglesia repita
estas palabras de la humilde Sierva;
y será todo como era al origen
cuándo el Edén recorría el Señor.

Gloria al Padre, al Hijo, al Espíritu,
que del principio todo lo renuevan:
nos han donado una Virgen Madre,
belleza intacta de toda la tierra. Amén.

O bien:

Mar de la gracia,
a ti cantan noche y día
los cielos y la tierra,
y los hombres y los ángeles,
en dialogo perenne de alabanza,
¡María!

Reina del cielo y de la tierra
y de todo lo creado;
Madre de Dios, Madre del hombre,
soberana del aire, Señora de las aguas,
patrona del fuego,
¡María!

Por el Padre pensada eternamente;
por el Verbo eternamente redimida;
por el Espíritu Santo eternamente amada.
Pensada, amada, redimida
antes de toda criatura:
¡María!

Madre mía, madre nuestra, madre de toda
humana maternidad;
y virgen, virginidad de vírgenes,
virgen fecunda, virgen invencible,
espejo de la Trinidad,
¡María!

Esperanza segura de asunción,
consuelo incomparable,

míranos con los ojos de la Salve,
míranos y nada mas,
¡María!

LECTURA BREVE

2Pe 3, 13 -14

Pero nosotros confiamos en la promesa del Señor y esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva, en que habite la justicia. Por tanto, queridos hermanos, apoyados en esta esperanza, pongan todo su empeño en que el Señor los halle en paz con él, sin mancha ni reproche.

RESPONSORIO BREVE

R/. Vi un cielo nuevo y una tierra nueva: * La ciudad santa que bajaba del cielo de junto a Dios.
Vi un cielo nuevo y una tierra nueva: la ciudad santa que bajaba del cielo de junto a Dios.

V/. Vi la nueva Jerusalén, radiante con la gloria de Dios. * La ciudad santa que bajaba del cielo de junto a Dios.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Vi un cielo nuevo y una tierra nueva: la ciudad santa que bajaba del cielo de junto a Dios.

Benedictus, ant.

Salve, oh María, purísima Madre de Dios.
Salve, Virgen bendita,
que concebiste al que es reflejo de la gloria del Padre.
Salve, Virgen santa y Madre,
que, entre todas las madres, permaneciste virgen:
Salve, Madre de la luz,
toda la creación te glorifica, aleluya.

O bien:

Grande es tu gloria, oh María, Mujer nueva:
de ti nació Cristo, el Hombre nuevo.

PRECES

Eleveamos nuestras súplicas a Dios Padre, quien en la santísima Virgen, Madre del nuevo Adán, nos ha dado la imagen y primicia de la Iglesia, destinada a alcanzar su plenitud en el mundo venidero. Digamos juntos: *Renueva en nosotros, Señor, el Espíritu de santidad.*

Tu, que nos has hecho ver la luz de un nuevo día,
- concédenos contemplar la luz de aquel día en el que la creación, liberada de la corrupción, entrara en la libertad gloriosa de tus hijos.

Tu, que nos has renovado por el agua y el Espíritu,
- haz que vivamos según las exigencias del bautismo.

Tu, que nos has engendrado con la Palabra de vida, para que seamos partícipes de la nueva creación,
- haz que, revestidos de Cristo, vivamos según la justicia y santidad verdaderas.

Tu, que en la cruz de tu Hijo, estableciste con nosotros la Alianza nueva y eterna,
- arranca de nosotros el corazón de piedra y danos un corazón de carne.

Tu, que en la Virgen santa María reparaste la culpa de la antigua Eva, - haz que respetemos la dignidad de la creación y nos opongamos con firmeza a los que la ofenden.

[Fieles a las enseñanzas de Cristo, digamos la oración del nuevo Pueblo de Dios:]

Padre nuestro.

ORACIÓN

Dios nuestro, que en la Virgen María, plasmada por el Espíritu Santo, nos has dado las primicias de la nueva creación, haz que, liberados de la antigua corrupción del pecado, nos transformemos en Cristo, el Hombre nuevo. Que vive y reina.

O bien:

Dios nuestro, que en la santísima Virgen, transfigurada por tu resplandor, has dado a la Iglesia la imagen de su futura gloria, haz que, al contemplar a ella y cumplir la nueva ley, vayamos recorriendo los caminos del mundo hasta que llegemos a la nueva Jerusalén. Por nuestro Señor Jesucristo.

IV



[MARÍA, REINA DE MISERICORDIA]

Invitorio

Ant. Vengan, aclamemos al Señor,
cuya misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

El salmo del invitorio como en el Ordinario.

Oficio de lectura

HIMNO

Nuestra Señora de la reconciliación:
Virgen de la fidelidad y del servicio,
de la pobreza y del silencio,
de la nueva creación por el Espíritu.

Madre de los que sufren en la soledad
y buscan en la esperanza.
Señora de los que vuelven a la Casa
y descubren al Padre y al hermano.

Virgen de la amistad y del amor,
Señora de la paz y de la alianza,
tu nos diste a Jesús «el Salvador»,
que nos reconcilia con el Padre por su Sangre.

Gracias por todo, Madre del camino y la esperanza.
Gracias por habernos alcanzado la reconciliación
con Dios y con los hombres en tu Hijo. Amén.

Las antífonas, los salmos, el versículo y la primera lectura con su responsorio se toman del sábado correspondiente.

SEGUNDA LECTURA

De los Sermones de san Buenaventura, obispo

(La Anunciación de la bienaventurada Virgen María, Sermón IV, I: Opera omnia, Quaracchi, vol. IX, 1901, pp. 671-673)

Con gran confianza acerquémonos a la Virgen

El que a mi me dio el ser; *descansó en mi tabernáculo* (Sir 24, 12). Estas palabras [...] se aplican, según el sentido literal, a la Virgen María, en cuyo tabernáculo descansó el Señor corporalmente. [...]

Se estableció, pues, el Creador de todas las cosas en el tabernáculo de las entrañas virginales, por haber puesto allí su lecho nupcial para hacerse hermano nuestro, por haber preparado el solio regio para ser nuestro príncipe, por haber tomado los ornamentos sacerdotales para constituirse nuestro sumo Sacerdote. Por la unión nupcial, la Virgen María es Madre de Dios; por el trono regio, Reina del cielo; por los ornamentos sacerdotales, Abogada del género humano. Para todo eso era apta la Virgen María, siendo como era del género humano, de la descendencia real y de la estirpe sacerdotal.

Diga, pues, la amantísima Virgen María: El que a mí me dio el ser; descansó en mi tabernáculo.

En él puso su lecho nupcial, y esto lo hizo para desposarse con la naturaleza humana en el seno virginal, como en Espíritu, había previsto con certeza el profeta David, cuándo dijo: *Puso en el sol su tabernáculo* (Sal 18, 6). Y añade: *Como un esposo* (ibíd.), porque el seno virginal fue el tálamo donde Dios se unió a la naturaleza humana, y abrazándola, la unió a sí con vínculo nupcial. [...]

En dicho tabernáculo preparó también el trono regio para ser nuestro príncipe, según las palabras del profeta: *Se fundará en la misericordia un trono y sobre él se sentará en la casa de David, un juez celoso del derecho* (Is 16, 5). Este trono significa justamente la naturaleza humana asumida por el Verbo, sobre la que Dios reinó. Se dice que el reino se fundará sobre la misericordia, porque, aunque en la encarnación resplandezca el poder, la sabiduría y la justicia divina, sin embargo, la razón principal y la causa de la encarnación fue la misericordia de Dios junto con nuestra miseria. [...]

De este tabernáculo tomó el ornamento sacerdotal para entrar en el santuario. En efecto, según la Carta a los Hebreos: Se presentó Cristo como sumo Sacerdote de los bienes futuros, a través de un tabernáculo más excelente y más perfecto, no fabricado por mano de hombre, es decir; no de este mundo. *Y penetró en el santuario una vez para siempre, no con sangre de machos cabríos ni de novillos, sino con su propia sangre, consiguiendo una redención eterna* (Heb 9, 11-12). Cristo, nuestro sumo Sacerdote, entrando en el santuario, pasó por el seno virginal, donde recibió la estola de sumo Sacerdote, y por el patíbulo de la cruz, donde se ofreció como víctima santísima, reconciliándonos con Dios. [...] Y este vestido quiso el Señor tomado en el tabernáculo del seno virginal para que fuese abogado, no sólo él, sino también ella con él, y así, por dos personas, el Hijo y la Madre, a las que es imposible que Dios rechace, tengamos, como dice la Escritura, *un poderosísimo consuelo los que buscamos asilo asiéndonos a la esperanza que tenemos delante* (Heb 6, 18). Por eso se dice: *Fijaré mi tabernáculo en medio de vosotros, y no os desechara más mi alma* (Lv 26, 11); porque la bienaventurada Virgen, abogada nuestra, no puede menos de ser oída. [...]

Acerquémonos, pues, a la Virgen con gran confianza, y la hallaremos, sin duda, propicia en nuestras necesidades, porque ella es nuestra abogada. [...] Con razón, pues, hemos de venerar este tabernáculo y refugiarnos en él, donde se estableció el Señor con tal intimidad, que la bienaventurada Virgen pudo decir con toda verdad: *El que a mi me dio el ser, descansó en mi tabernáculo* (Sir 24, 12).

RESPONSORIO

R/. Dios te salve, Reina de misericordia, de ti nació Cristo, nuestro rey; * Intercede por nuestra paz y salvación.

V/. Dios te salve, Madre del Señor, consuelo del mundo, esperanza de los atribulados, descanso de los fatigados.

R/. Intercede por nuestra paz y salvación.

O bien:

Del «Tratado sobre las alabanzas de la Virgen María», de Ricardo de san Lorenzo, presbítero

(Lib. IV: ed Dauci 1625, pp. 288-292)

Reina y Madre de misericordia

María es muy pródiga y llena de misericordia porque es extremadamente rica y generosa, conforme a la exhortación de Tobías: Sé misericordioso según tus posibilidades; *si tienes mucho, da mucho* (Tob 4, 8). Y en el libro de la Sabiduría leemos: *Tú tienes compasión de todos, porque todo lo puedes* (cf. Sab 11,23).

María es reina del cielo, es misericordiosa, por eso le decimos: «Dios te salve, Reina de misericordia»; como reina, puede ayudarnos, y por su misericordia quiere hacerlo. Se ha de invocar a María con este título, pues como dice san Bernardo: «Ciertamente no será escuchado el que no pide sinceramente ayuda». Una reina, en efecto, suele ser generosa, dadivosa y afable. María no sólo es llamada «Reina de misericordia», en cuanto tiene el poder de otorgar misericordia, sino también «Madre de misericordia», porque está impulsada por el amor: ella manifiesta a las creaturas de su Hijo una misericordia mayor que la de una madre por los hijos de sus entrañas. «Madre de misericordia» significa también, Madre de Cristo, porque Cristo es la misericordia por excelencia. Esta Madre no desprecia a los pecadores, porque por ellos ha sido constituida Madre de misericordia; en efecto, donde no hay miseria no hay lugar para la misericordia. Y puesto que siempre nos hallamos en estado de miseria, tenemos siempre necesidad de misericordia.

Aunque ahora reina en el cielo, es siempre ella la que alcanza a todos los fieles la misericordia; ya en el evangelio leemos que rogó al Hijo en favor de los hombres, diciéndole: No tienen vino (cf. Jn 2, 3); como si dijera: Hijo, estos hombres hambrientos y sedientos tienen necesidad de tu misericordia y de tu amor, para que en adelante el vino de la gracia llene de alegría a los que hasta ahora dejaba tristes el sabor insípido de la observancia legal. Cristo, por las súplicas y méritos de su santísima Madre, sique convirtiendo el agua del pecado en el vino de la gracia, y el agua de la miseria en el vino de la consolación. Esta Madre, en efecto, pide por nosotros con gemidos inenarrables: es ella la que nos obtiene, por su bondad, el don de llorar nuestras culpas y de alcanzar con la oración el perdón de nuestros pecados.

María es de índole clemente y misericordiosa, y su piedad se incrementa sin cesar; por eso se le aplican las palabras de Job: *Desde la infancia la misericordia creció conmigo y salió conmigo del vientre de mi madre* (Job 31, 18). Fíjate que dice: «creció». En efecto, en cuanto de ella depende, tiene misericordia de todos. Por su misericordia María es llamada también «Estrella del mar», porque da la luz de la consolación y de la gracia a los que se hallan en la amargura. Donde esta la miseria, solo allí tiene lugar la misericordia. Y no debe extrañarnos que María sea solícita para con los pecadores, ya que ha concebido para su salvación a aquel que no ha venido a llamar a los justos sino a los pecadores (cf. Mt 9, 13).

La misericordia de María es tan grande que nadie es rechazado, nadie es excluido. Quien se pone a su servicio no es olvidado: ella reúne a todos; acoge y recibe a todos lo que se refugian en ella. A nadie, a menos que él mismo se excluya, niega María su ayuda. Así, dice también san

Bernardo: «Nunca se ha oído decir, Virgen bendita, que nadie que haya acudido a ti para implorar tu ayuda se haya visto abandonado. Nosotros, siervos tuyos, te felicitamos por todas tus virtudes; pero en la misericordia nos felicitamos sobre todo a nosotros mismos. Alabamos tu virginidad, admiramos tu humildad; pero a nosotros, indigentes, nos sabe más dulce la misericordia, la abrazamos con más cariño y a ella recurrimos sin cesar. La misericordia, en efecto, es la que ha obtenido la redención del mundo y la salvación de todos los hombres».

RESPONSORIO

R/. Dios te salve, Virgen piadosa, en ti esperamos; * Día y noche elevamos hacia ti nuestra mirada.

V/. Dios te salve, Reina de misericordia: con tu clemencia tu nos has liberado, dándote a ti misma, maternal y dulce.

R/. Día y noche elevamos hacia ti nuestra mirada.

O bien:

De los Sermones de Godofredo de Auxerre, abad

(Sobre la Natividad de la santísima Virgen, Disc. IV: ed. Canal, *Salve Regina misericordia?*, Roma 1963, pp. 212-214)

Vida, dulzura y esperanza nuestra

La santísima Virgen es Reina de misericordia. Como David, de cuya estirpe desciende la Virgen, ha cantado del Señor: *Dios tiene el poder y tu, Señor, la misericordia* (Sal 61, 12), así también, después de Dios, se han armonizado magníficamente en María, su Madre, un poder regio y una gran piedad.

En cambio en nosotros, amadísimos, grande es la indigencia y no menor la indignidad; grave la necesidad, pero más grave aun la iniquidad. Por eso, en continua meditación, mantengámonos asidos al ancla de nuestra esperanza; supliquemos devotamente a la «Reina de misericordia», para que quiera y pueda ayudar nuestra miseria y obtenernos el perdón de los pecados.

Se adapta perfectamente a nuestra condición aquella alabanza que deberíamos dirigir dulcemente hacia ella, pero más dulcemente meditar en nuestro interior: «Vida, dulzura y esperanza nuestra, Dios te salve». Vida, en el ejemplo de una perfecta conversión y de una absoluta santidad; dulzura, en el amor de la contemplación y en el deseo de la sabiduría; esperanza, en la resurrección y en la felicidad eterna.

María es nuestra vida si, en la medida de nuestra fragilidad, imitamos su vida. Es nuestra dulzura, si su recuerdo nos proporciona motivos de especial alegría. Es nuestra esperanza, si esperamos obtener por sus plegarias lo que no nos merecemos por nuestras acciones.

Por eso justamente es a Cristo a quien damos gloria cuándo recordamos a María con todo nuestro ser: vida nuestra para instruirnos en la vida, dulzura para que tengamos aquí consuelo, esperanza para alcanzar la promesa de la felicidad eterna.

Vida nuestra, a la que «llamamos los desterrados hijos de Eva», «gimiendo» por las penas de este valle de lagrimas, «llorando» por la nostalgia de la patria, a la que volvemos por otro camino, no el de Eva, sino el de María; e, imitándola, nos hacemos hijos suyos, no hijos de Eva.

Dulzura nuestra, supuesto que, como siempre, con afecto ella «vuelve a nosotros» - que la suplicamos «sus ojos misericordiosos».

Es esperanza de misericordia, porque «después de este destierro, nos muestra a Jesús, el fruto bendito de su vientre».

La vida esta en relación con el mérito, la dulzura con el consuelo, la esperanza con la recompensa divina.

Y no tengamos por pesado el camino para alcanzar el premio de la corona inmarcesible que Dios ha preparado para los que lo aman (cf. *ICo* 2, 9), ya que a mitad del recorrido encontramos un

oasis donde descansar. Desgraciado el que renuncia a las promesas de la vida presente y de la futura por no haber acogido la benévola ayuda de la Virgen.

Dichosa es María, madre de los vivientes, más que lo fuese Eva. Dichoso el que la sigue; el que en ella encuentra alegría; el que en ella se apoya, en espíritu y en verdad, con amor, afecto y respeto, en ella que es vida, dulzura y esperanza de salvación, Madre de nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo es un solo Dios, bendito por siempre. Amén.

RESPONSORIO

R/. La Iglesia, tu esposa, te invoca, Señor: tu, vida preciosa, dulzura inefable, esperanza del que se arrepiente, * Ten piedad de nosotros, ven en ayuda de tus siervos.

V/. Y juntamente contigo, María es la vida que, con su humildad vence la muerte de la soberbia; la dulzura que disipa la amargura del pecado; la esperanza que levanta los corazones abatidos.

R/. Ten piedad de nosotros, ven en ayuda de tus siervos.

O bien:

De los Sermones de san Lorenzo de Brindis, presbítero

(Sermón sobre la Salve, Regina: Opera omnia, vol. I Mariale, Padua, 1928, pp. 388-391)

María es reina, y por eso madre de misericordia

La Virgen María es invocada con los títulos de «Reina» y «Madre», ya que ella es imagen de la Divinidad, como la luna lo es del sol; y es muy semejante a Cristo, como Eva lo fue de Adán.

A Dios se le atribuyen principalmente dos títulos: omnipotencia y bondad infinita, de ahí que se le llame óptimo Máximo, y en la Escritura se le llama Dios de los ejércitos y Dios de la abundancia, rey y padre. [...] Igualmente Cristo, por estos dos motivos, es llamado rey y pastor: *Rey de reyes* (1Tim 6, 15), es decir, potentísimo, grande, y *pastor bueno* (Jn 10, 11). Por eso también María es llamada reina y madre: la Virgen es reina, porque Dios es rey y Cristo príncipe, puesto que ella es esposa de Dios, Madre de Cristo, Reina muy semejante al Rey. [...] Para indicar su poder y su bondad, la Virgen es llamada reina y madre de misericordia. [...] Así, cuándo la invocamos con estos dos títulos, hemos de pensar que ella puede y quiere ayudarnos. Puede, porque es reina potentísima; quiere, porque es madre de inmensa misericordia y demencia, pues es reina del cielo. [...] María es también el santuario de Dios, en el que se guardaba la vara del poder de Dios (cf. Nm 10, 17), con la cual fueron obrados innumerables milagros, y la vasija del mana (cf. Ex 16, 33-34). En la Virgen esta la vara del poder de Dios, porque es reina; en ella esta la vasija del mana, porque es madre de misericordia.

La Virgen santísima, además, es recordada como la aurora que surge, *bella como la luna, brillante como el sol* (Cant 6, 10) y *vestida de sol* (Ap 12, 1). Dios ha dado al sol, a la luna y a las estrellas un resplandor tan grande, no sólo para ornato suyo, sino también en beneficio del mundo; [...] de la misma manera ha coronado a María con gloria y dignidad para la salvación de la Iglesia y de todo el mundo. Para que fuera madre de misericordia, la hizo reina, a semejanza de Cristo, del que esta escrito: *Lo coronaste de gloria y dignidad, le diste el mando sobre las obras de tus manos, todo lo sometiste bajo sus pies* (Sal 8, 6-7). [...] Constituida reina, se convierte en madre de misericordia. En efecto, tan pronto como María queda llena del Espíritu Santo y hecha esposa de Dios, partió apresuradamente a una ciudad situada en las montañas de Judá y saludo a Isabel. *Ésta, al oír el saludo de María, quedo llena del Espíritu Santo y exclamo: ¿Quién soy yo para que la madre de mi Señor venga a visitarme?* (Lc 1, 39-41). Ved cómo esta fuente divina derrama el agua que ha recibido del cielo y de Dios. Llena del Espíritu Santo, a su vez lo comunica a Isabel y a Juan Bautista en el seno materno, de quien se había profetizado: *Estará lleno del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre* (Lc 1, 15); por eso Isabel exclamó: *Apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, salto de gozo el niño en mi seno* (Lc 1, 44). Así, desde el momento en que es constituida

reina, María se muestra madre de misericordia y fuente de gracia: ¿Quién soy yo para que la madre de mi Señor venga a visitarme?

«Madre de misericordia». ¡Qué dulce es el nombre de madre! No se le puede expresar ni comprender. Pero la Virgen no es sólo madre, sino también madre de misericordia, es decir, entrañablemente misericordiosa, madre llena de demencia, de ternura, de amor.

Eva es llamada madre de los vivientes (cf. *Gn* 3, 20); María es madre dulcísima de todos los fieles que están destinados a la vida.

En las bodas de Caná, la Virgen santísima demostró su amor a los hombres: al faltar el vino, ella, sin que nadie se lo pidiera, se dirigió al Señor, y le dijo: *No tienen vino* (*Jn* 2, 3); y por esta petición el Señor hizo su primer milagro por la salvación de los hombres, manifestando así su amor. De este modo la Virgen obtuvo de Cristo el mejor vino para los hombres.

En el misterio de la Anunciación María es revelada reina; en el misterio de la Visitación, madre y fuente espiritual de la gracia. [...] Ahora, en el cielo, la Virgen continua intercediendo en nuestro favor, súplica y obtiene, no para sí, sino para nosotros. Esther alcanzo del rey Asuero la salvación, no para sí sino para su pueblo. [...] Mucho mayor es el amor de María para con los fieles, que el de la reina Esther para con sus paisanos. Pues Esther amaba a los judíos porque eran gente de su pueblo, de su raza y nación; pero María nos ama como a hijos suyos, como a miembros de Cristo, su único y amadísimo Hijo; la Iglesia, en efecto, es cuerpo de Cristo, y todos los fieles son sus miembros.

RESPONSORIO

R/. Te veneramos, Reina del cielo, Señora del universo, y te aclamamos:* Dios te salve, Esposa del Rey del cielo; Dios te salve, gloriosa Madre de Cristo; Dios te salve, fuente inagotable de misericordia.

V/. Nosotros, pecadores, hallamos en ti refugio; descarriados, te buscamos incansables; en la necesidad, imploramos tu ayuda.

R/. Dios te salve, Esposa del Rey del cielo; Dios te salve, gloriosa Madre de Cristo; Dios te salve, fuente inagotable de misericordia.

La oración conclusiva como en Laudes.

Laudes

HIMNO

Salve, Reina poderosa
de los hombres y del cielo,
templo de oro, blanca rosa,
fuente viva de consuelo
para el triste pecador.

Salve, tu que a la serpiente
que midió nuestra flaqueza
le quebrantaste la frente.
Salve, espejo de pureza,
Virgen Madre del Señor.

Como el sol que el orbe dora,
sin descanso tu repartes
del ocaso hasta la aurora
tu piedad en todas partes
con desvelo maternal.

Que es tu seno de ternura
rico vaso que recoge
nuestro llanto y amargura;
y así Dios el ruego acoge
que le ofendiera sin ti. Amén.

O bien:

Aparta de tus ojos la nube perfumada
que el resplandor nos vela que tu semblante da,
y tiéndenos, María, tu maternal mirada,
donde la paz, la vida y el páramo está.

Tu, bálsamo de mirra; tu, cáliz de pureza;
tu, flor de paraíso y de los astros luz,
escudo sé y amparo de la mortal flaqueza
por la divina sangre del que murió en la cruz.

Tu eres, ¡oh María!, un faro de esperanza
que brilla de la vida junto al revuelto mar,
y hacia tu luz bendita desfallecido avanza
el naufrago que anhela en el Edén tocar.

Impela, ¡oh Madre augusta!, tu soplo soberano
la destrozada vela de mi infeliz batel;
enseñale su rumbo con compasiva mano,
no dejes que se pierda mi corazón en él. Amén.

Las antífonas y los salmos del sábado correspondiente

LECTURA BREVE

Miq 7, 18-20

¿Qué Dios hay como tú, que quitas la iniquidad y pasas por alto la rebeldía de los sobrevivientes de Israel ? No mantendrás por siempre tu cólera, pues te complaces en ser misericordioso. Volverás a compadecerte de nosotros, aplastarás con tus pies nuestras iniquidades, arrojarás a los hondos del mar nuestros delitos. Serás fiel con Jacob y compasivo con Abraham, como juraste a nuestros padres en tiempos remotos, Señor, Dios nuestro.

RESPONSORIO BREVE

cf. Lc 1, 50-55

R/. Acuérdate, Señor, de tu misericordia, * Como lo habías prometido a nuestros padres.

Acuérdate, Señor, de tu misericordia, como lo habías prometido a nuestros padres.

V/. Tu misericordia llega a tus fieles de generación en generación. * Como lo habías prometido a nuestros padres.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Acuérdate, Señor, de tu misericordia, como lo habías prometido a nuestros padres.

Benedictus, ant.

Dichosa eres, Virgen María, reina de misericordia y esperanza del mundo, escúchanos a nosotros, tus hijos, que te invocamos.

O bien:

Socorre a los atribulados, Virgen santa,
reanima a los decaídos, fortalece a los débiles,
ruega por los fieles, asiste al clero,
intercede por los monjes y las vírgenes consagradas;
haz que experimenten tu consuelo,
los que a ti acuden confiados.

PRECES

Bendigamos a Dios, Padre de misericordia, que en su Hijo Jesucristo, nacido de la Virgen, ha cumplido sus promesas más allá de toda esperanza humana. Digámosle confiados:

Te alabamos, Señor, por tu misericordia.

Oh Dios, bueno y paciente, que quisiste que el Verbo se encarnara en el seno de María,
- haz que acojamos con fe tu palabra para que dé fruto abundante en nosotros.

Oh Dios, misericordioso y justo, que elegiste a María de entre los pobres y humildes,
- danos humildad y Espíritu de pobreza para esperar confiadamente el don de la salvación.

Oh Dios, compasivo y clemente que derramaste el Espíritu Santo sobre los apóstoles, para reunir a todos los hombres en un solo pueblo,
- haznos operadores de concordia y unidad.

Oh Dios, benigno y magnánimo, que enviaste a tu Hijo en medio de los hombres,
- haz que, estando junto a su cruz con la Virgen dolorosa, aprendamos a socorrer a los hermanos que sufren.

Oh Dios de misericordia y de bondad, que nos has concedido ver la luz de un nuevo día,
- haz que, siguiendo el ejemplo de la Madre de misericordia, acojamos con amor a los necesitados.

Se pueden añadir algunas intenciones libres.

[Concluamos nuestras peticiones con la oración que nos enseña a perdonarnos unos a otros, para que también el Padre de misericordia, nos conceda su perdón:]

Padre nuestro.

ORACIÓN

Oh Dios, Padre misericordioso y clemente, tu que elegiste a la Virgen María, arca de la nueva alianza, para que por ella tu Hijo habitara entre los hombres, concédenos guardar con fidelidad el pacto que Cristo selló con su sangre. Él es Dios y vive.

O bien:

Señor, que enviaste a tu Hijo al mundo para salvar a los hombres y les diste a María como Madre de misericordia, escucha benigno las súplicas de tus siervos que, gimiendo ante ti bajo el peso de sus culpas, imploran tu clemencia. Por nuestro Señor Jesucristo.

[SANTA MARÍA DE LAS AMÉRICAS]

**Invitatorio**

Ant. Vengan, adoremos al Señor
que por medio de santa María
ha visitado a nuestros pueblos.

El salmo invitatorio como en el Ordinario.

Oficio de lectura**HIMNO**

Eres mujer de casa y, además, peregrina,
dedicada a lo tuyo como madre y esposa,
pero sigues la huella por donde Dios camina
y estas de corazón en cada cosa.

Estas en la montaña antes del alba,
- que el amor te apresura -,
y en cualquier otro Belén por esperar que nazca
de nuevo Dios, y preparar su cuna.

Te haces de nuestra raza,
pronuncias nuestra lengua con dulzura
y nos pides te hagamos una Casa,
para en ella mostrarnos tu sin igual ternura.

Bajas, subes, que para eso eres ave,
ayer por el Calvario y por el cielo,
hoy por la patria suave,
y en pos de ti volamos en tu vuelo.

Gloria demos al Padre que no tuvo principio,
gloria perenne a Cristo, que es el Hijo del Padre,

y al Espíritu Santo, Consolador divino.
¡Que todo el universo los aclame! Amén.

O bien:

Virgen de la esperanza,
Madre de los pobres,
Señora de los que peregrinan: óyenos.

Hoy te pedimos por América Latina,
el continente que tu visitas con los pies descalzos,
ofreciéndole la riqueza del Niño
que aprietas en tus brazos.

Un Niño frágil, que nos hace fuertes.
Un Niño pobre, que nos hace ricos.
Un Niño esclavo, que nos hace libres.

Virgen de la esperanza: América despierta.
Sobre los cerros despunta
la luz de una mañana nueva.

Es el día de la salvación que ya se acerca.
Sobre los pueblos que marchan en tinieblas,
ha brillado una gran luz.

Esa luz es el Señor que tu nos diste,
hace mucho, en Belén, a medianoche.
Queremos caminar en la esperanza.

Señora de los pueblos que peregrinan:
somos el Pueblo de Dios, en la América Latina.
Somos la Iglesia que peregrina hacia la Pascua.

Nuestra Señora de América Latina:
ilumina nuestra esperanza,
alivia nuestra pobreza,
peregrina con nosotros hacia el Padre. Amén.

Las antífonas, los salmos, el versículo y la primera lectura se tornan del sábado correspondiente.

SEGUNDA LECTURA

Del «Documento de Puebla» de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano sobre
«La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina»

(Nn. 282. 292-295: Puebla. Bogotá, Celam, 1979, pp. 101-103)

María hace que la Iglesia se sienta familia

En nuestros pueblos, el Evangelio ha sido anunciado, presentando a la Virgen María como su realización más alta. Desde los orígenes - en su aparición y advocación de Guadalupe -, María constituyó el gran signo, de rostro maternal y misericordioso, de la cercanía del Padre y de Cristo con quienes ella nos invita a entrar en comunión. María fue también la voz que impulsó a la unión

entre los hombres y los pueblos. Como el de Guadalupe, los otros santuarios Marianos del continente son signos del encuentro de la fe de la Iglesia con la historia latinoamericana. [...]

Según el plan de Dios, en María «todo esta referido a Cristo y todo depende de él» (MC 25). Su existencia entera es una plena comunión con su Hijo. Ella dio su sí a ese designio de amor. Libremente lo aceptó en la anunciación y fue fiel a su palabra hasta el martirio del Gólgota. Fue la fiel acompañante del Señor en todos sus caminos. La maternidad divina la llevó a una entrega total. Fue un don generoso, lucido y permanente. Anudó una historia de amor a Cristo íntima y santa, única, que culmina en la gloria.

María, llevada a la máxima participación con Cristo, es la colaboradora estrecha en su obra. Ella fue «algo del todo distinto de una mujer pasivamente remisiva o de religiosidad alienante» (MC 37). No es sólo el fruto admirable de la redención, es también la cooperadora activa. En María se manifiesta preclaramente que Cristo no anula la creatividad de quienes le siguen. Ella, asociada a Cristo, desarrolla todas sus capacidades y responsabilidades humanas, hasta llegar a ser la nueva Eva junto al nuevo Adán. María, por su cooperación libre en la nueva Alianza de Cristo, es junto a él protagonista de la historia. Por esta comunión y participación, la Virgen Inmaculada vive ahora inmersa en el misterio de la Trinidad, alabando la gloria de Dios e intercediendo por los hombres.

Ahora, cuándo nuestra Iglesia Latinoamericana quiere dar un nuevo paso de fidelidad a su Señor, miramos la figura viviente de María. Ella nos enseña que la virginidad es un don exclusivo a Jesucristo, en que la fe, la pobreza y la obediencia al Señor se hacen fecundas por la acción del Espíritu. Así también la Iglesia quiere ser madre de todos los hombres, no a costa de su amor a Cristo distrayéndose de él o postergándolo, sino por su comunión íntima y total con él. La virginidad maternal de María conjuga en el misterio de la Iglesia esas dos realidades: toda de Cristo y con él, toda servidora de los hombres. Silencio, contemplación y adoración, que originan la más generosa respuesta al envío, la más fecunda evangelización de los pueblos.

María, Madre, despierta el corazón filial que duerme en cada hombre. En esta forma nos lleva a desarrollar la vida del bautismo por el cual fuimos hechos hijos. Simultáneamente ese carisma maternal hace crecer en nosotros la fraternidad. Así María hace que la Iglesia se sienta familia.

RESPONSORIO

R/. Salve, sierva del Señor, Madre de Dios: * Por ti ha sido anunciado el Evangelio en nuestros pueblos.

V/. Salve, Madre de los hombres, fiel acompañante del Señor: por ti la Iglesia se siente familia.

R/. Por ti ha sido anunciado el Evangelio en nuestros pueblos.

O bien:

Del «Documento de Puebla» de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano sobre «La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina»

(Nn. 296-297. 299. 301. 303: Puebla. Bogota, Celam, 1979, pp. 104-105)

El Magnificat es espejo del alma de María

María es reconocida como modelo extraordinario de la Iglesia en el orden de la fe. Ella es la creyente en quien resplandece la fe como don, apertura, respuesta y fidelidad. Es la perfecta discípula que se abre a la palabra y se deja penetrar por su dinamismo: cuándo no la comprende y queda sorprendida, no la rechaza o relega; la medita y la guarda. Y cuándo suena dura a sus oídos persiste confiadamente en el dialogo de fe con el Dios que le habla; así en la escena del hallazgo de Jesús en el templo y en Cana, cuándo su Hijo rechaza inicialmente su súplica. Fe que la impulsa a subir al Calvario y a asociarse a la cruz, como al único árbol de la vida. Por su fe es la Virgen fiel, en quien se cumple la bienaventuranza mayor: «feliz la que ha creído» (Lc 1,45).

El Magníficat es espejo del alma de María. En este poema logra su culminación la espiritualidad de los pobres de Jahvé y el profetismo de la Antigua Alianza. Es el cántico que anuncia el nuevo Evangelio de Cristo; es el prelude del Sermón de la Montaña. Allí María se nos manifiesta vacía de sí misma y poniendo toda su confianza en la misericordia del Padre. En el Magníficat se manifiesta - afirma Juan Pablo II - como modelo «para quienes no aceptan pasivamente las circunstancias adversas de la vida personal y social, ni son víctimas de la "alienación" como hoy se dice, sino que proclaman con ella que Dios "ensalza a los humildes" y, si es el caso, "derriba a los potentados de sus tronos"». [...]

María es mujer. Es «la bendita entre todas las mujeres». En ella Dios dignificó a la mujer en dimensiones insospechadas. En María el Evangelio penetró la femineidad, la redimió y exaltó. Esto es de capital importancia para nuestro horizonte cultural, en el que la mujer debe ser valorada mucho más y donde sus tareas sociales se están definiendo más clara y ampliamente. María es garantía de la grandeza femenina, muestra la forma específica del ser mujer, con esa vocación de ser alma, entrega que espiritualice la carne y encarne el Espíritu. [...]

Por medio de María Dios se hizo carne; entró a formar parte de un pueblo; constituyó el centro de la historia. Ella es el punto de enlace del cielo con la tierra. Sin María, el Evangelio se desencarna, se desfigura y se transforma en ideología, en racionalismo espiritualista. [...]

El pueblo latino americano sabe todo esto. La Iglesia es consciente de que «lo que importa es evangelizar no de una manera decorativa como un barniz superficial» (EN 20). Esa Iglesia, que con nueva lucidez e decisión quiere evangelizar en lo hondo, en la raíz, en la cultura del pueblo, se vuelve a María para que el Evangelio se haga más carne, más corazón de América Latina. Ésta es la hora de María, tiempo de un nuevo Pentecostés que ella preside con su oración, cuándo, bajo el influjo del Espíritu Santo, inicia la Iglesia un nuevo tramo en su peregrinar. Que María sea en este camino «estrella de la evangelización siempre renovada» (EN 81).

RESPONSORIO

cf. Lc 1, 51-53

R/. El Señor hace proezas con su brazo: * Enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes,

V/. El Señor dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos,

R/. Enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes.

O bien:

Del Nican Mopohua, relato del escritor indígena del siglo XVI don Antonio Valeriano

(Nican Mopohua, 12ª edición. México, D.F., Buena Prensa, 1971, pp. 3-19. 21)

La voz de la tórtola se ha escuchado en nuestra tierra

Un sábado de mil quinientos treinta y uno, a pocos días del mes de diciembre, un indio de nombre Juan Diego iba muy de madrugada del pueblo en que residía a Tlaltelolco, a tomar parte en el culto divino y a escuchar los mandatos de Dios. Al llegar junto al cerrillo llamado Tepeyac, amanecía, y escuchó que le llamaban de arriba del cerrillo: «Juanito, Juan Dieguito».

Él subió a la cumbre y vio a una Señora de sobrehumana grandeza, cuyo vestido era radiante como el sol, la cual, con palabra muy blanda y cortés, le dijo:

«Juanito, el más pequeño de mis hijos, sabe y ten entendido que yo soy la siempre Virgen María, Madre del verdadero Dios por quien se vive. Deseo vivamente que se me erija aquí un templo, para en él mostrar y prodigar todo mi amor, compasión, auxilio y defensa a todos los moradores de esta tierra y a los demás amadores míos que me invoquen y en mí confíen. Ve al Obispo de México a manifestarle lo que mucho deseo. Anda y pon en ella todo tu esfuerzo».

Cuándo llegó Juan Diego a presencia del Obispo don fray Juan de Zumárraga, religioso de san Francisco, éste pareció no darle crédito y le respondió: «Otra vez vendrás y te oiré más despacio»,

Juan Diego volvió a la cumbre del cerrillo, donde la Señora del Cielo le estaba esperando, y le dijo: «Señora, a más pequeña de mis hijas, niña mía, expuse tu mensaje al Obispo, pero pareció que no lo tuvo por cierto. Por lo cual te ruego que le encargues a alguno de los principales que lleve tu mensaje para que le crean, porque yo soy sólo un hombrecillo».

Ella le respondió: «Mucho te ruego hijo mío el más pequeño, que otra vez vayas mañana a ver al Obispo y le digas que yo en persona la siempre Virgen santa María, Madre de Dios, soy quien te envié».

Pero al día siguiente, domingo, el Obispo tampoco le dio crédito y le dijo que era muy necesaria alguna señal para que se le pudiera creer que le enviaba la misma Señora del Cielo. Y le despidió. El lunes, Juan Diego ya no volvió. Su tío Juan Bernardino se puso muy grave y, por la noche, le rogó que fuera a Tlaltelolco muy de madrugada a llamar un sacerdote que fuera a confesarle.

Salió Juan Diego el martes, pero dio vuelta al cerrillo y pasó al otro lado, hacia el oriente, para llegar pronto a México y que no lo detuviera la Señora del cielo.

Más ella le salió al encuentro a un la do del cerro y le dijo: «Oye y ten entendido, hijo mío el más pequeño, que es nada lo que te asusta y aflige. No se turbe tu corazón ni te inquiete cosa alguna. ¿No estoy yo aquí que soy tu madre? ¿No estas bajo mi sombra? ¿No estas, por ventura, en mi regazo? No te aflija la enfermedad de tu tío.

Esta seguro de que ya sanó. Sube ahora, hijo mío, a la cumbre del cerrillo, donde hallaras diferentes flores; córtalas y tráelas a mi presencia».

Cuándo Juan Diego llegó a la cumbre, se asombró muchísimo de que hubiesen brotado tantas exquisitas rosas de Castilla, porque a la sazón encrudecía el hielo, y las llevó en los pliegues de su tilma a la Señora del Cielo. Ella le dijo:

«Hijo mío, ésta es la prueba y señal que llevaras al Obispo para que vea en ella mi voluntad. Tu eres mi embajador muy digno de confianza».

Juan Diego se puso en camino, ya contento y seguro de salir bien. Al llegar a la presencia del Obispo, le dijo:

«Señor, hice lo que ordenaste. La Señora del Cielo condescendió a tu recado y lo cumplió. Me despachó a la cumbre del cerrillo a que fuese a cortar varias rosas de Castilla, y mi dijo que te las trajera y que a ti en persona te las diera. Y así lo hago, para que en el las veas la señal que pides y cumplas su voluntad. Helas aquí!: recíbelas».

Desenvolvió luego su blanca manta, y, así que se esparcieron por el suelo todas las diferentes rosas de Castilla, se dibujó en ella y apareció de repente la preciosa imagen de la siempre Virgen santa María, Madre de Dios, de la manera que esta .y se guarda hoy en su templo del Tepeyac.

La ciudad entera se conmovió, y venia a ver y a admirar su devota imagen y a hacerle oración, y, siguiendo el mandato que la misma Señora del Cielo diera a Juan Bernardino cuándo le devolvió la salud, se le nombró, como bien había de nombrarse: «la siempre Virgen santa María de Guadalupe».

RESPONSORIO

Cant 2, 14; Ap 12, 1

R/. Paloma mía, que anidas en los huecos de la pena, en las grietas del barranco, déjame ver tu figura. * Déjame escuchar tu voz, permíteme ver tu rostro, porque es muy dulce tu hablar y gracioso tu semblante.

V/. Y una gran señal apareció en el cielo: una Mujer, vestida del sol, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza.

R/. Déjame escuchar tu voz, permíteme ver tu rostro, porque es muy dulce tu hablar y gracioso tu semblante.

O bien:

Del «Documento de Santo Domingo» de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano sobre «Nueva evangelización, promoción humana, cultura cristiana»

(Nn. 228-229. 8. 104. 15: Santo Domingo. Bogotá, Ediciones Paulinas, 1992, pp. 143-144.56.97-98.59)

María es modelo de la evangelización de la cultura

La venida del Espíritu Santo en Pentecostés (cf. *Hch* 2, 1-11) pone de manifiesto la universalidad del mandato evangelizador: pretende llegar a toda cultura. Manifiesta también la diversidad cultural de los fieles, cuándo oían hablar a los apóstoles cada uno en su propia lengua. [...]

La Virgen María acompaña a lo apóstoles cuándo el Espíritu de Jesús resucitado penetra y transforma los pueblos de la diversas culturas. María, que es modelo de la Iglesia, también es modelo de la evangelización de la cultura. Es la mujer judía que representa al pueblo de la Antigua Alianza con toda su realidad cultural. Pero se abre a la novedad del Evangelio y esta presente en nuestras tierras como Madre común tanto de los aborígenes como de los que han llegado, propiciando desde el principio la nueva síntesis cultural que es América Latina y el Caribe. [...]

Si, confesamos que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre. Él es el Hijo único del Padre, hecho hombre en el seno de la Virgen María, por obra del Espíritu Santo, que vino al mundo para librarnos de toda esclavitud de pecado, a darnos la gracia de la adopción filial, y a reconciliarnos con Dios y con los hombres. Él es el Evangelio viviente del amor del Padre. En él la humanidad tiene la medida de su dignidad y el sentido de su desarrollo. [...] En Cristo, plenitud de los tiempos, la igualdad y complementariedad con que el hombre y la mujer fueron creados (cf. *Gn* 1, 27) se hace posible, «ya que no hay hombre ni mujer, ya que todos somos uno en Cristo» (*Gal* 3, 26-29).

Jesús acogió a las mujeres, les devolvió su dignidad y les confió después de su resurrección la misión de anunciarlo (cf. *MD* 16). Cristo, «nacido de mujer» (*Gal* 4, 4) nos da a María, que precede a la Iglesia mostrando en forma eminente y singular el modelo de Virgen y de Madre (cf. *LG* 63). Ella es protagonista de la historia por su cooperación libre, llevada a la máxima participación con Cristo (cf. *DP* 293). María ha representado un papel muy importante en la evangelización de las mujeres latinoamericanas y ha hecho de ellas evangelizadoras eficaces, como esposas, madres, religiosas, trabajadoras, campesinas, profesionales. Continuamente les inspira la fortaleza para dar la vida, inclinarse ante el dolor, resistir y dar esperanza cuándo la vida esta más amenazada, encontrar alternativas cuándo los caminos se cierran, como compañera activa, libre y animadora de la sociedad. [...]

Confirmando la fe de nuestro pueblo queremos proclamar que la Virgen María, Madre de Cristo y de la Iglesia, es la primera redimida y la primera creyente. María, mujer de fe, ha sido plenamente evangelizada, es la más perfecta discípula y evangelizadora (cf. *Jn* 2, 1-12). Es el modelo de todos los discípulos y evangelizadores por su testimonio de oración, de escucha de la Palabra de Dios y de pronta y fiel disponibilidad al servicio del Reino hasta la cruz. Su figura maternal fue decisiva para que los hombres y mujeres de América Latina se reconocieran en su dignidad de hijos de Dios. María es el sello distintivo de la cultura de nuestro continente. Madre y educadora del naciente pueblo latinoamericano, en santa María de Guadalupe, a través del beato Juan Diego, se «ofrece - como dice Juan Pablo II - un gran ejemplo de evangelización perfectamente inculturada». Nos ha precedido en la peregrinación de la fe y en el camino a la gloria, y acompaña a nuestros pueblos que la invocan con amor hasta que nos encontremos definitivamente con su Hijo. Con alegría y agradecimiento acogemos el don inmenso de su maternidad, su ternura y

protección, y aspiramos a amarla del mismo modo como Jesucristo la amo. Por eso la invocamos como Estrella de la primera y de la nueva evangelización.

RESPONSORIO

cf. Hch 2, 1. 4. 11; 1, 14

R/. El día de Pentecostés se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en diferentes lenguas: * Cada uno los oía hablar de las maravillas de Dios en su propia lengua.

V/. En el cenáculo, con María la Madre de Jesús, estaban los apóstoles.

R/. Cada uno los oía hablar de las maravillas de Dios en su propia lengua.

La oración conclusiva como en Laudes.

Laudes

HIMNO

Ayer, Alba en el alba, subiste presurosa
por servir a tu prima, cual sierva ante los siervos.
Hoy a Tepeyac bajas, cual Rosa misteriosa,
para anunciar al indio que en sus ratos acervos

jamás estarás solo; porque jamás, oh Madre,
has sido en nuestra historia cobarde subterfugio;
porque tu eres la escala ante el Hijo del Padre:
¡tu el regazo y el puente; tu, defensa y refugio!

Eres cifra y compendio de América Latina;
eres signo y sustancia de nuestra nueva raza;
eres lámpara y cuna, eres báculo y ave,
eres vínculo y nudo, eres tilma, eres casa.

Por tus manos en hueco, patena de ternura,
consagramos al Padre de todos los consuelos,
por el Hijo, en la Llama quemaste la amargura
del sudor hecho lagrimas y el júbilo hecho anhelos.
Amén.

O bien:

María de Guadalupe,
por la senda de Juan Diego,
Señora de nuestra América,
viene hoy cantando tu pueblo.

Sobre la manta del indio,
tu imagen hecha cielo,
y en el fondo de tus ojos,
la figura de Juan Diego.
Madre, doble fue el retrato,
dulce es tu rostro moreno,
en él Dios quiso entregarnos
vivo su santo Evangelio.

Por el agua del bautismo,
somos hijos y herederos,
si somos pueblo de hermanos,
todos juntos somos templo;
mientras duren los caminos,
grabaras en nuestro pecho
estos títulos de gloria
que Jesús pago a alto precio.

Míranos, Madre, y escucha:
América suena un sueño
que nació de tu promesa
para los pobres y hambrientos;
suena con una gran fiesta
en la mesa ancha del Reino;
míranos, Madre, y escucha
el clamor de tanto anhelo.

María de Guadalupe,
por la senda de Juan Diego,
Señora de nuestra América
viene hoy cantando tu pueblo.

LECTURA BREVE

Is 52, 7-10

¡Que hermoso es ver correr sobre los montes al mensajero que anuncia la paz, al mensajero que trae la buena nueva, que pregonar la salvación, que dice a Sión: «Tu Dios es rey»! Escucha: Tus centinelas alzan la voz y todos a una gritan alborozados, porque ven con sus propios ojos al Señor, que retornan a Sión. Prorrumpan en gritos de alegría, ruinas de Jerusalén, porque el Señor rescata a su pueblo, consuela a Jerusalén. Descubre el Señor su santo brazo a la vista de todas las naciones. Verá la tierra entera la salvación que viene de nuestro Dios.

RESPONSORIO BREVE

R/. Se postrarán ante él * Todas las naciones.

Se postrarán ante él todas las naciones.

V/. Todos los pueblos le servirán. * Todas las naciones.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Se postrarán ante él todas las naciones.

Benedictus, ant.

Pondré en vuestros pueblos mi morada,
y enjugaré toda lagrima de vuestros ojos;
como una madre acaricia a su hijo,
así yo os consolaré.

PRECES

Unidos a santa María, Señora de América Latina, dirijamos nuestras súplicas a Cristo, el Evangelizador por excelencia. Digamos juntos:
Señor de la historia, guía a nuestros pueblos.

Señor Jesucristo, Hijo del Dios vivo, que anunciaste al mundo la palabra que salva
- danos la gracia de empeñarnos en una nueva evangelización.

Señor Jesucristo, buen Pastor, que guías a los fieles por el sendero justo,
- haz que la Iglesia latinoamericana se sienta comunidad misionera.

Señor Jesucristo, Hermano nuestro, que lavaste los pies a tus discípulos,
- anímanos a comprometernos por la promoción integral del pueblo latinoamericano.

Señor Jesucristo, Testigo fiel, que has proclamado ante el mundo el amor del Padre y su proyecto de salvación universal,
- ayúdanos a trabajar por una evangelización, que se encarne en las culturas indígenas y afro americanas.

Señor Jesucristo, Sacerdote y Maestro, que con la Palabra y la ofrenda de tu vida, has salvado al mundo,
- haz que no falten los profetas en América Latina y aumenta las vocaciones apostólicas.

[Concluyamos nuestras preces con la oración del Señor, y pidamos que no falte el pan a nuestros pueblos y venga su Reino en América Latina:]

Padre nuestro.

ORACIÓN

Señor, Dios nuestro, que has concedido a América Latina la protección maternal de la siempre Virgen María, Madre de tu Hijo, concédenos por su intercesión, permanecer firmes en la fe y servir con sincero amor a nuestros hermanos. Por nuestro Señor Jesucristo.